

BUTANMAPU

TIERRA DE CONFLICTO



Andrés Castillo



Andrés Castillo

BUTÁNMAPU



Segunda Edición

Derechos reservados 2010 © Castillo

Registro 192935

ISBN: 978-956-332-685-7

Imagen de Portada: Andrés Felipe Castillo Valenzuela

Diseño de portada: Swen André Langer Fernández

Impreso en Chile / Printed in Chile

PRESENTACIÓN

Por Rosa Ogalde Cortés.

Ex Alcaldesa de Coronel.

Agradezco profundamente a Andrés Castillo Aguilera el privilegio de presentar su novela *Butanmapu*. No es sólo un libro: es una llave que abre puertas a nuestra memoria, un intento generoso por devolver a la historia el pulso de la vida, esa que todavía late en nuestra tierra y que tantas veces no sabemos escuchar.

Desde las primeras páginas, el lector se encuentra con un relato que no se conforma con describir: respira, palpita, arde. *Butanmapu* se funda en hechos históricos, pero se atreve a bordear la ficción y a rozar la fantasía, no para traicionar la verdad, sino para revelar su esencia más honda. La narración se mueve como la historia misma: con la brutalidad de la tragedia, con la ternura que a veces asoma en medio del dolor, con la calidez inesperada que redime hasta las escenas más sombrías.

Las guerras entre españoles y mapuches vuelven aquí a desplegarse, pero no como páginas muertas, sino como teatro vivo. Cada batalla, cada marcha exhausta en los desfiladeros, cada amanecer sobre los montes de la Nahuelbuta, se nos ofrece con la precisión de la crónica y la intensidad de la poesía. La naturaleza no es un mero telón: es un personaje implacable y

majestuoso. Azota con su viento, hiela hasta la médula, devora hombres y caballos; pero también se tiñe de oro en el amanecer, acaricia con su luz y hace del paisaje un escenario que, más que contemplarse, se sufre y se ama.

La guerra aparece con crudeza desgarradora: las cabezas ensartadas en picas, los cuerpos mutilados, las venganzas que se gritan en la oscuridad. El lector se ve obligado a mirar de frente la violencia, a sentir la furia que arrasaba sin distinguir entre un hombre o un árbol. Pero en medio de ese fragor, la novela abre un espacio inesperado: la dulzura del amor. Millaray y Felipe emergen como un respiro, como un símbolo: la unión posible entre dos mundos condenados a odiarse. El amor, en este libro, no es ornamento; es la única respuesta que se alza frente al odio, el único gesto capaz de soñar una reconciliación.

Andrés dice que el verdadero arte está en atrapar la tensión del instante y convertirla en destino. Eso logra *Butanmapu*: alterna la narración con la reflexión ensayística, nos entrega personajes de carne y hueso y, a la vez, nos habla de símbolos universales: la guerra, la naturaleza, el amor, la fama que persiguen los hombres y el legado que dejan los pueblos.

La novela recuerda que los conquistadores buscaban gloria y oro, y que los mapuches ofrecieron resistencia durante siglos, con valentía indómita. De esa lucha feroz surgió lo que hoy somos: un pueblo mestizo, hijo de dos sangres que se odiaron y que, sin embargo, se

entrelazaron hasta confundirse. Esa herencia —la inteligencia, la pertinacia, la gallardía del mapuche; la ambición, la fe y el arrojo del español— sigue latiendo en nuestra historia y en nuestras calles, en los nombres que nos rodean: Lautaro, Caupolicán, Galvarino, Valdivia.

Pero *Butanmapu* no se detiene en el pasado. Su mensaje es actual, urgente: pensar en la inclusión real del pueblo mapuche en el destino de Chile. Mirar con respeto y amor lo que cada uno es. Y sobre todo, transmitir a las nuevas generaciones la certeza de que sólo el encuentro, nunca la violencia, abre caminos de verdad y justicia.

Por eso invito a que este libro sea leído en nuestras escuelas, que acompañe a los jóvenes en su formación. Porque *Butanmapu* no es sólo literatura: es un espejo en el que se refleja nuestra identidad.

Gracias a Andrés, joven novelista, por regalarnos no sólo una historia, sino la posibilidad de repensarnos como nación, de mirar hacia atrás con valentía y hacia adelante con esperanza.

BIOGRAFÍA

Andrés Leonardo Castillo Aguilera nació en Lota, el 25 de julio de 1965, en una tierra donde el mar, el carbón y el bosque han tejido, desde tiempos inmemoriales, la memoria de un pueblo forjado en la dureza y sostenido por la esperanza. Su infancia y adolescencia transcurrieron en el barrio Maule situado en la costa de Coronel, bajo la impronta de un hogar enraizado en la vocación del trabajo y la enseñanza. Pero la vida de Andrés no puede entenderse sin la saga de sus antepasados: hombres y mujeres cuyas huellas laten aún en las galerías mineras, en las aulas humildes, en los estadios de gloria y en los campos de batalla que forjaron la historia de Chile.

Es hijo de Douglas Castillo Alfaro, ingeniero en minas nacido en Pampa Unión en 1931. Huérfano desde niño, forjó su destino con disciplina y estudio hasta convertirse en uno de los ingenieros más notables de Schwager. Fue él quien, junto a ingenieros ingleses y trabajadores, en una hazaña que rozó lo legendario, consiguió unir las galerías submarinas de carbón bajo el Pacífico, domando la roca y el agua con el temple de un titán.

Su madre, Alicia Aguilera Muñoz, profesora normalista nacida en el barrio minero de Puchoco, Coronel, abrió caminos como la

primera educadora de párvulos en su comuna. Con ternura y rigor enseñó a leer a generaciones enteras, sembrando en cada niño no solo alfabetos, sino también la semilla del respeto por la palabra y el amor por el conocimiento.

La rama materna trae consigo otra herencia: la de Juan Aguilera Araneda, abuelo de Andrés, obrero de la mina Schwager y futbolista que integró la selección chilena en el primer Mundial de 1930, en Montevideo. Y aún más atrás, a mediados del siglo XIX, los Aguilera se asentaron en Coronel cuando las primeras exploraciones de carbón transformaban Boca Maule y Schwager en el corazón minero del sur.

Por la línea paterna, la memoria se remonta a un antepasado que combatió en la Guerra del Pacífico bajo el mando del general Patricio Lynch, sumando al linaje una épica militar que se entrelaza con la gesta minera y docente de la familia.

En esa confluencia de sangres y memorias creció Andrés. Y hubo un instante decisivo: siendo niño, su padre le mostró un amonite petrificado, hallado en las galerías submarinas de la mina Schwager. Ese fósil, dormido durante millones de años, despertó en él la certeza de que la tierra guardaba historias tan profundas como las de los hombres que la habitaban. Desde entonces supo que su destino sería narrar esa doble memoria: la de los pueblos y la del suelo mismo.

Estudió en los Sagrados Corazones de

Concepción y, en 1990, se tituló como Ingeniero Civil Industrial en la Universidad del Biobío, con una tesis dedicada a la explotación mecanizada del carbón en la mina Lota. Ese mismo año partió a Santiago, donde trabajó durante una década en procesos de producción metalmecánica. La vida en la capital, sin embargo, le resultaba ajena: las rutinas de subordinación le parecían cárceles invisibles. Cuando el desempleo lo alcanzó, supo que debía regresar al sur.

De vuelta en Concepción, trabajó cuatro años en una pesquera de Talcahuano. Allí aprendió la disciplina de la logística, el transporte y los embarques, pero pronto comprendió que no era ese su camino. El 2003 fundó su propia empresa de logística y distribución, hallando en la independencia económica el espacio necesario para comenzar a tejer sus sueños postergados.

Fue en su casa, levantada con sus propias manos en lo alto del barrio Maule de su infancia, frente al mar de Coronel, donde Andrés encontró finalmente la paz y la inspiración. Entre la brisa salobre y los bosques de la Nahuelbuta, empezó a escribir su primera novela histórica: *Butanmapu*. No la concibió solo como un relato del pasado, sino como una metáfora de su propio viaje interior. Como él mismo confesó a su editor, cada página era un espejo de la lucha íntima entre la memoria y el porvenir, entre el dolor de la conquista y la esperanza de la reconciliación.

La obra de Andrés es herencia y destino. Escribe desde el pulso épico de sus antepasados y

desde la emoción del niño que sostuvo un fósil en sus manos y comprendió que todo —la tierra, la historia, los pueblos y los individuos— está tejido en una misma espiral. Su literatura no busca solo narrar batallas, sino iluminar la lucha interior de cada ser humano, mostrar que la verdadera conquista no está en los territorios, sino en el propio espíritu.

En su escritura laten el rigor del ingeniero, la memoria del minero, la dulzura de la educadora, la audacia del futbolista y el temple del soldado. Cada relato suyo es un intento por reconciliar la historia con la vida, la herencia con el porvenir. En ese gesto, profundamente humano, su voz se convierte en un puente: entre pasado y futuro, entre guerra y paz, entre la memoria de los ancestros y la esperanza de los hijos.

Ernesto Langer Moreno
Editor

DEDICATORIA

A todos aquellos jóvenes, herederos de la tenaz sangre mapuche y la del gallardo español, y que han escogido el camino de estudiar, disciplinarse y perseverar, porque en sus manos está el destino del anhelado sueño de felicidad de aquellos bravos.

PROLOGO

En lo alto de los bosques que dominan la actual ciudad de Lota, al sur del Biobío, se alzaban hasta hace pocas décadas dos cañones de hierro, fundidos en Inglaterra a mediados del siglo XIX e instalados por la familia Cousiño durante la Guerra del Pacífico. Oxidados, silenciosos, parecían hablar de un pasado cercano. Pero en ese mismo lugar, mucho antes de que se forjaran aquellas piezas, ya había corrido la sangre y ardido el fuego.

En 1552, apenas dos años después de la fundación de Concepción por Pedro de Valdivia, una primera avanzada española levantó allí un reducto precario: el primer Fuerte de Lota. No era más que una empalizada débil, erigida a la prisa, para afirmar la presencia castellana en medio de un territorio indómito. Entre esos hombres venía Francisco del Campo, joven soldado que enfrentaría la dureza de la frontera temprana, los primeros encuentros con los mapuches y la fragilidad de las defensas frente a la resistencia que se avecinaba.

Un siglo más tarde, tras la gran sublevación iniciada en 1654, la región quedó desolada. El gobernador Pedro Porter intentó entonces recomponer la frontera, y en 1661 se fundó el nuevo Fuerte de Lota, ya de manera definitiva, dominando la costa y el paso de Marigüenu. Así se cerraba un ciclo que había comenzado en aquella fundación precaria de

1552. Nada habría perdurado —ni fuerte ni ciudad— sin la obstinación de los mapuches que defendieron su tierra ni la tenacidad de los españoles que buscaron aferrarse a ella.

Recuerdo que, de niño, mi padre me llevó hasta esos cañones. “Algún día —me dijo— comprenderás lo que aquí sucedió, y por qué.” Desde entonces, aquellas reliquias dejaron de ser hierro muerto: se transformaron en un llamado.

Con los años busqué respuestas en libros y enciclopedias. Encontré apenas fragmentos, relatos dispersos, como si la memoria de esa frontera estuviera condenada al silencio. Pero en mi casa, esos episodios nunca fueron olvido: eran historia viva. Durante los viajes hacia el sur, mi padre me hablaba de Lautaro y de Marigüeñu, de la astucia mapuche, de caballos despeñados en los acantilados de la cuesta de Villagra. Yo escuchaba con fascinación y espanto, comprendiendo que en esa tierra la belleza más pura convivía con la violencia más descarnada.

Años después, ocurrió lo inesperado. Mi madre rescató de la leñera un libro condenado al fuego. Sus páginas amarillentas, carcomidas por el tiempo, ya estaban destinadas a encender la chimenea, pero lo que debía arder en cenizas encendió en mí una llama interior. Era un ejemplar de *Recopilación de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, de J. T. Medina, impreso en 1901. Allí, entre líneas olvidadas, reaparecía la figura de Francisco del Campo, aquel mismo soldado que había llegado

en 1552.

El libro que debía morir en el fuego fue, en cambio, la chispa que me entregó un destino. De ese rescate fortuito nació *Butanmapu*.

Hoy, cuando la prisa y el olvido amenazan con sepultar la memoria, me pareció justo volver a esas escenas primeras. Porque hubo un tiempo en que el Biobío fue línea de fuego entre dos mundos irreconciliables, y de ese choque nació una epopeya que apenas ha sido contada.

Este libro busca rescatar ese pulso, no como mito ni como leyenda, sino como testimonio humano. Mapuches y españoles, distintos en origen, semejantes en coraje, se enfrentaron con una grandeza que no merece desaparecer.

Si este relato logra que alguien vea en aquellos días más que nombres lejanos —que sienta la fiebre de la libertad, el peso de la tierra y el precio de los sacrificios—, entonces su propósito estará cumplido. Porque la historia del *Butanmapu* no pertenece solo al pasado: como el río Bío-Bío, sigue corriendo hacia el porvenir.

INTRODUCCION

La primera irrupción española en estas tierras ocurrió en 1546. Pedro de Valdivia, con su séquito de hierro, cruzó el río Biobío y obligó a los mapuches a replegarse hacia el sur del Carampangue. Detrás de ellos quedó un territorio desolado: una franja marcada por el río al norte, por el océano al oeste, por los montes abruptos de Nahuelbuta al oriente y por el Carampangue al sur. Era un vacío, un corredor de nadie, una herida abierta.

Durante más de tres siglos, ese espacio sería conocido como tierra maldita, insegura, ardiente de presagios. Los españoles la llamarían “Tierra de Conflicto”; y los mapuches “*Butanmapu*”: el gran territorio. Allí, como en un campo de fuego eterno, chocaban dos mundos irreconciliables: las lanzas del pueblo libre contra las espadas del imperio; la memoria ancestral contra la codicia de la conquista.

El primer reconocimiento de lo que hoy llamamos Lota ocurrió en 1550. Jerónimo de Alderete, al frente de sesenta jinetes, atravesó el Biobío desde Concepción. Aquel puñado de hombres, metálicos bajo el sol, abrió camino entre los bosques húmedos y las colinas verdes del golfo de Arauco. Desde el mar, Juan Bautista Pastene custodiaba la marcha con dos naves armadas, como si ya sospechara que cada árbol podía esconder una emboscada. Precauciones inútiles: los mapuches, sorprendidos, se limitaron

a observar desde la espesura. Asombrados, vieron brillar los yelmos y escucharon el bramido de los caballos, bestias nunca antes vistas en sus montañas.

Un año más tarde, en diciembre de 1551, Pedro de Valdivia regresó. Cruzó el río Biobío, avanzó a través del Valle de Antulicán y llegó al “*louta*” de Colcura al frente de cincuenta jinetes. Con él venía un hombre destinado a quedar en la penumbra de los archivos, pero vivo aún en la memoria de quienes guardaron su nombre: el coronel Francisco del Campo. Su figura, casi borrada por la historia, emerge aquí como símbolo de aquella frontera donde cada día era un combate contra lo desconocido.

Su vida, como la de tantos hombres y mujeres que caminaron, resistieron y murieron en el *Butanmapu*, no es solo una sucesión de batallas. Es la historia de una lucha que fundió destinos: la obstinación del conquistador frente al ardor indomable del mapuche; la tragedia de dos mundos que se enfrentaron sin tregua, dejando tras de sí una tierra hecha de sangre, memoria y silencio.

Esta es su historia. Y también la nuestra.

“Francisco del Campo hace constar sus servicios por información y pide ser gratificado con algún empleo, y el Consejo mandó se le diere cédula de recomendación para Chile.”

21 de Enero de 1572 / Archivo de Indias 77-5-16

“Muy poderoso señor—Yo, Francisco del Campo, digo que ya llevo dieciocho años en estos reinos de Indias, y todo este dicho tiempo me he ocupado en servicio de V.A.,...en todas las cosas que se han ofrecido; y porque de los servicios en el Reino de Chile he hecho a tiempo, hice probanza en la vuestra Real Audiencia de La Concepción, donde articulé haber servido en este reino....en las cuales he gastado mucha cantidad de pesos y oro, y no he recibido premio alguno, y pretendo que, atento a los dichos mis servicios, V.A. me haga alguna merced.”

—Francisco del Campo, año 1570

Capítulo I
LA CHISPA EN EL VENDAVAL

Junio de 1552. En las alturas agrestes de lo que hoy llamamos Lota, Pedro de Valdivia dejó una guarnición ligera, apenas un puñado de hombres, como quien enciende una chispa en medio del vendaval. Al mando estaba Francisco del Campo, soldado endurecido por las guerras de Flandes, compañero de Luis de Toledo y viejo camarada de Valdivia. La pólvora de los arcabuces todavía impregnaba sus manos; pero ahora, en este confín del mundo, debía aprender a leer los rumores del viento, el crujido de las ramas, el brillo fugaz de una hoguera en la espesura.

Los atraía el Sur. No un sur geográfico, sino un abismo espiritual: el misterio de lo inexplorado, la obsesión por franquear el límite azul de los montes que cerraban el horizonte del Biobío. Más allá, la tierra sin nombre: bosques sin sendero, ríos sin puente, tribus indomables. Y sin embargo, la mirada de aquellos hombres brillaba con la fiebre de la promesa.

En la cumbre de las colinas que dominaban el valle de Antulicán —ese anfiteatro de verdor entre lo que hoy llamamos Coronel y Colcura—, Del Campo se erguía con la arrogancia del que sabe que pisa suelo virgen. A sus pies, tendido como una sombra viviente, reposaba Aucai, su perro negro, único guardián

fiel en un mundo extraño. El coronel apoyaba el arcabuz sobre el hombro y contemplaba, con el pecho henchido y la sonrisa apenas dibujada, la vastedad del océano y de los bosques interminables. Creía adivinar, bajo aquella espesura intacta, el porvenir glorioso de una tierra destinada a ser conquistada.

Ante él, el Pacífico se abría como una promesa infinita. En la entrada del golfo, la isla Santa María flotaba sobre las aguas como un navío detenido en la eternidad. Tras él, la cordillera de Nahuelbuta erguía su muralla verde, un baluarte todavía inviolado. Y en medio, extendiéndose como un campo de batalla aún no disputado, la llanura virgen, con sus arroyos y esteros de rumor cristalino y sus bosques tupidos donde aguardaba la primera emboscada.

Del Campo sabía lo que había dejado atrás: un hogar en Castilla, y aunque lo acompañaba su esposa Isabel Manríquez, sabía lo que tenía delante: una frontera sin tregua, una guerra que no concluiría en su vida, ni en la de nadie. Pero había elegido. El viejo mundo quedaba atrás; aquí, en la espesura de Arauco, se forjaba el nuevo.

Aquel acto simple —descascar un tronco con la hoja del hacha y grabar en la madera el signo del conquistador— fue el bautizo de esta tierra. Un gesto casi infantil, pero cargado de soberbia: declarar propio lo que jamás pidió dueño. Con esas marcas toscas y unas chozas levantadas a prisa, nació la fortaleza de Lota. Y

con ella, un nuevo capítulo en la historia sangrienta de la conquista.

La empalizada del fuerte crecía con pasos vacilantes, como un niño que aprende a andar. Las chozas, levantadas a duras penas con troncos y barro, parecían frágiles frente a la inmensidad de los bosques. Sin embargo, en su rudimentaria fortaleza, los hombres del coronel Del Campo hallaban seguridad: allí descansaban, afilaban armas, y tramaban los planes de la supervivencia diaria. Cada tronco colocado, cada techo que resistía el viento, era un pequeño triunfo contra la naturaleza y contra el misterio que los rodeaba.

Los hermanos Del Campo eran cinco: Francisco, el mayor, y Juan, Rodrigo, Alonso y Felipe. Cada uno con la fuerza y la agilidad de un lobo. Los ojos oscuros, la mirada afilada como cuchillo, la piel curtida por el sol y la pólvora; cada gesto revelaba la vida forjada en los años de guerra, en las expediciones que los habían llevado desde Castilla hasta estas tierras indómitas. Eran hombres, aunque jóvenes, ya conocían la muerte y la buscaban con igual serenidad, hombres a quienes los bosques y los ríos enseñaban más que cualquier maestro en Europa.

Pero la frontera era traicionera. Los Araucanos, observadores silenciosos y guerreros letales, acechaban los pasos de los españoles. No eran simples enemigos: eran un espejo de la naturaleza misma, salvaje y exacta, implacable y orgullosa. Rodrigo y Felipe fueron los primeros en enfrentarse al destino. Cautivos de la tierra y

de los guerreros mapuches, intentaron la fuga. Rodrigo cayó abatido en la corriente de un río, atravesado por lanzas mientras buscaba la libertad en sus aguas. Felipe, en cambio, halló algo inesperado: el extraño poder del amor y la lealtad en un mundo que parecía hecho solo de violencia.

Millaray, sobrina del viejo cacique Colo-Colo, lo tomó bajo su amparo. Al principio, aquel lazo fue impuesto por la fuerza y la estrategia. Pero, como una grieta de luz en medio de la tormenta, acabó transformándose en un hilo de ternura, frágil y tenaz, que unía dos destinos condenados a encontrarse.

El río Biobío, ancho y rumoroso, se convirtió en testigo de cada paso de los conquistadores. Sus aguas reflejaban la desesperanza y la esperanza al mismo tiempo: barrera que separaba mundos, espejo donde los hombres veían su futuro incierto. Cada vado era una prueba; cada campamento, un desafío; cada amanecer, una promesa de peligro y de gloria.

La vida en Lota no era solo guerra y vigilancia. Había momentos de rara belleza, donde el canto del chucao, el perfume de los copihues, o el sol dorando las olas del Pacífico recordaban a los hombres la razón de su lucha. No buscaban solo tierra; buscaban la eternidad de su nombre, un pedazo de mundo donde la historia los reconociera. Y esa búsqueda los empujaba, día tras día, a explorar, abrir claros, cazar, pescar, negociar, y, a veces, llorar en silencio por los caídos y por los ausentes.

El coronel Del Campo, en su modesta cabaña sobre la colina, era a la vez juez, mentor y hermano mayor. Allí se reunían los mapas de exploración, las armas reparadas, los pergaminos con órdenes de Valdivia y Toledo. Allí también se contaban las historias de la guerra, no como simple memoria, sino como advertencia y guía: la codicia, la venganza, la valentía, y la traición se enseñaban como lecciones vitales.

En las noches de invierno, cuando la lluvia azotaba los techos y el viento soplabá entre los troncos, Francisco Del Campo permanecía junto al fuego, observando cómo los hombres dormían exhaustos. Cada chispa que saltaba del brasero era un reflejo de los destinos que se cruzaban en ese rincón del mundo. Pensaba en España, en su esposa Isabel, y en el camino que los había traído hasta aquí. Pero, sobre todo, pensaba en la tierra que ahora llamaban suya, en la tierra que llamaban *Butanmapu*.

Y así, entre la calma de los amaneceres y el rugido de los ataques, la pequeña fortaleza de Lota empezó a tejer la historia que este libro intentará rescatar: una historia de hombres que se enfrentaron al infinito, que cruzaron ríos, bosques y miedos, y que, con la mezcla de valor, astucia y ternura, levantaron un lugar que sería memoria, leyenda y, algún día, patrimonio de un país.

Los días en Lota se sucedían con la cadencia de un tambor lejano, marcando tanto la rutina como la alerta constante. Los hermanos Del Campo aprendieron rápido a leer los susurros

del bosque: cada rama quebrada, cada humo tenue, cada grito distante, cada canto de un ave o rugido de un animal podía significar la presencia de un Araucano acechante. El miedo no los paralizaba; lo reconocían, lo aceptaban, y lo convertían en vigilancia silenciosa.

Rodrigo y Felipe, regresaban en la memoria de los demás como fantasmas que recordaban la vulnerabilidad humana. Rodrigo, cuyo intento de huida había terminado en su muerte a manos del cacique Catrillanca, se convirtió en la lección viva de que la audacia sin prudencia podía ser fatal. Felipe, en cambio, despertaba sentimientos contradictorios: cautivo de Millaray, su destino se entrelazaba con el del enemigo, y con él, surgía la primera rendija de humanidad en el corazón de la guerra.

Millaray no era solo una bella joven araucana; era la encarnación de la tierra misma, feroz y serena, sabia y apasionada. Su mirada lo atravesaba a uno como la flecha precisa de un guerrero, y Felipe comprendió que no había victoria que valiera sin entender al otro. Esa comprensión no debilitaba al conquistador, sino que lo hacía más fuerte, más humano, y lo preparaba para los desafíos que aún estaban por venir.

Mientras tanto, los hermanos Del Campo entrenaban y organizaban la pequeña guarnición con precisión militar. La frontera del Biobío era cruel y despiadada: ataques sorpresivos, emboscadas y el constante acecho de los

Araucanos mantenían a los hombres en un estado perpetuo de tensión. Cada expedición al bosque era un riesgo calculado; cada regreso exitoso, un triunfo. Entre ellos se tejían camaradería y rivalidad, afecto y disciplina, como los hilos invisibles que sostienen la vida en cualquier frontera.

Collipan, jefe mapuche, era la sombra que danzaba al borde de la fortaleza. Sus visitas, a veces negociaciones, a veces simples apariciones, recordaban a los hombres de Del Campo que la paz era siempre provisional y que el respeto, aunque genuino, debía ser sostenido con firmeza. La venta de Collipan de la franja de playa por un barril de vino, acontecimiento que parecería trivial en otros tiempos, adquiría aquí un peso simbólico: mostraba que la diplomacia y la astucia podían, a veces, ser más poderosas que la pólvora.

El Fuerte de Lota, erguido sobre las colinas al norte de Colcura, se convirtió en un epicentro de historias. Allí se reunían los expedicionarios, los jinetes, los exploradores y los comerciantes incipientes. Cada choza tenía un propósito, cada esquina escondía secretos, y cada fuego encendido por la noche era testigo de planes, de confesiones, de sueños. Las historias del Viejo Mundo, de Castilla, de las campañas de Flandes, se mezclaban con las leyendas del Pacífico, del bosque y de los ríos, creando una narrativa única: la de un país que aún no existía, pero que se forjaba a golpes de valor y

resistencia.

Y así, mientras las olas del Pacífico rompían en la costa y los bosques de la Nahuelbuta se mecían bajo el viento, la colonia se consolidaba. Cada piedra colocada, cada árbol derribado, cada paso en los senderos vírgenes, llevaba consigo el eco de un pasado lejano y la promesa de un futuro incierto. Allí, en esa tierra indómita, los Del Campo y sus compañeros no solo luchaban por sobrevivir: luchaban por un lugar en la historia, por un nombre que resistiera el tiempo y por la memoria de aquellos que habrían de venir.

Pero la guerra no dormía. La llegada de la primavera traía consigo nuevos desafíos: incursiones más audaces de los Araucanos, rumores de rebelión entre los nativos aliados, y la constante vigilancia de un territorio que no se rendía fácilmente. Cada amanecer era un recordatorio de que el sueño de conquistar y habitar el *Butanmapu* estaba siempre al filo del peligro, y que el valor, la astucia y la humanidad serían las únicas armas para mantener viva la promesa de aquel lugar.

Capítulo II

FUEGOS EN LA FRONTERA

Era una noche fría y despiadada de primavera cuando el coronel Francisco del Campo regresó al Fuerte de Lota tras una de sus expediciones. Afuera, el mundo era un rumor inquieto: el piafar de los caballos, el murmullo de los sirvientes mapuches y el silbido del viento entre los árboles se mezclaban como un presagio. Al abrir la puerta de su morada, lo recibió Isabel, con la ternura de un abrazo que parecía un oasis en medio de la sequedad de la guerra. Para el conquistador, fatigado hasta los huesos, aquel instante fue más real y más profundo que cualquier victoria en el campo de batalla.

Colocó el arcabuz en un rincón, dejó a un lado la espada aún brillante de reflejos metálicos y la coraza que pesaba como una montaña, y se sentó frente al fuego. Vigoroso y joven, era la estampa del hombre de frontera: alto, de complexión recia, rostro afilado por la dureza de la vida y una fuerza que parecía brotar de la tierra misma. Sus ojos oscuros irradiaban bondad, pero la línea tensa de su boca hablaba de la férrea decisión del soldado. A sus pies, Aucai, el perro leal, descansaba con la noble cabeza extendida hacia la hoguera, como si compartiera el cansancio de su amo.

—¡Bien, bien! —dijo el coronel con una sonrisa fatigada—. Estuve a punto de perecer... y sin embargo, aquí estoy.

La cena fue un humilde estofado preparado por Petronila, la sirvienta indígena. El silencio de la choza, roto solo por el chisporroteo de los leños, parecía guardar secretos. Pero un golpe en la puerta interrumpió la calma. Del Campo abrió con cautela, y allí estaba Francisco Villagra.

—¡Ah, coronel! —exclamó al entrar—. Lo esperaba esta noche. Mal tiempo para la caza... y parece que tampoco la guerra nos dará respiro. Este viento del norte traerá tormentas.

Del Campo lo recibió con firmeza. Villagra, veterano de mil batallas, imponía respeto con su estatura gigantesca, su tez curtida por el sol y la expresión indomable de quien había sobrevivido a todo. Su nombre, ligado ya a los bosques de Colcura y a la escarpada cuesta que llevaría su apellido, resonaba como un eco de guerra en esas tierras.

Esa noche, junto al fuego, hablaron de los rumores que agitaban la frontera. Un mensajero mapuche había traído noticias del Fuerte de Arauco: los guerreros se preparaban para una ofensiva por las riberas del Biobío. Villagra, recién llegado de Santiago, traía consigo refuerzos escasos, dejando a Penco como el primer blanco de la tormenta.

Poco después llegó Juan del Campo, intrépido y hostil hacia los indios, contrario al propio Francisco, que prefería la amistad con algunas

tribus pero sabía que cada consejo de Juan era un tesoro en esa guerra.

—Podéis estar seguros —dijo Francisco—, hay una gran partida de mapuches en pie de guerra. Alonso me sugirió regresar al fuerte mientras él se replegaba. Los araucanos avanzarán por las colinas de la Nahuelbuta y se mantendrán en lo alto de las colinas del Biobío. No atacarán de inmediato, pero he visto hogueras en los montes así que es mejor prevenir. Pondremos adelantados en los bosques, y Villagra vigilará todo el valle de Antulicán.

—Que Juan venga conmigo —respondió Villagra—. Nadie rastrea a los araucanos como él.

Francisco asintió.

Después de acordar la estrategia, Villagra se despidió, secando sus botas al calor de la hoguera antes de partir. Apenas cerrada la puerta, Del Campo murmuró:

—¡Qué noche más áspera... por nada del mundo querría estar allá afuera!

Isabel, inquieta, lo miró.

—¿Qué hará Villagra en un clima así?

—Oh, no le faltará abrigo —repuso Francisco—. Sabe levantar una choza y dormir como un lobo entre las llamas.

Pero la sonrisa no borró la sombra de preocupación en su rostro. Isabel, que había visto de cerca la fragilidad de la vida en la guerra de Arauco, no se dejó engañar. Sabía que la calma era apenas un espejismo antes de la tormenta.

Y así, entre el rumor del viento, el calor del fuego y la incertidumbre que mordía en silencio, la familia Del Campo se preparaba para la amenaza. Cada jornada en la frontera era un pulso entre el valor y el destino, un juego de vida y muerte escrito por la tierra indómita del Biobío.

Capítulo III

EL FUERTE SOBRE EL GOLFO

El Fuerte de Lota se alzaba, imponente y solitario, sobre un pequeño istmo que se enfrentaba al mar, como si quisiera desafiar la vastedad del Golfo de Arauco. A unos veinte metros sobre el nivel del agua, desde sus murallas se dominaba un panorama grandioso y sereno, donde el oleaje parecía inclinarse ante la fortaleza humana. Su planta, un paralelogramo exacto de ochenta metros de largo por cuarenta de ancho, mostraba el ingenio rudo de la frontera: hacia la Nahuelbuta, una empalizada en forma de estrella de tres metros y medio de altura se erguía para ofrecer a los centinelas los ángulos más ventajosos de tiro. Cada baluarte, en las cuatro esquinas, podía resguardar a seis defensores, y el pasadizo interior de un metro de ancho daba al conjunto un aire de fortaleza inexpugnable.

Desde los primeros días de su presencia, los españoles habían levantado defensas rudimentarias pero eficaces, semejantes a los muros que levantarían siglos después las lejanas colonias norteamericanas. Las empalizadas, de maderas firmemente clavadas con puntales de madera y unidas con tiras de cuero, se complementaban con pasarelas interiores desde las cuales arcabuceros y mosqueteros podían vigilar con seguridad. Alrededor, un terraplén inclinado y un foso profundo dificultaban cualquier intento de ataque.

Dentro del recinto, las chozas de los soldados se agrupaban en torno a la barraca central: un cuartel robusto, de dos pisos, con murallas de roble y aspilleras innumerables, destinado a ser último refugio en caso de asedio. Pozos de agua y chozas dispersas completaban la fortaleza, y aunque hoy estas construcciones parecerían toscas e insignificantes, en aquel entonces ofrecían una seguridad impensable frente a los ataques constantes de los Araucanos.

El recuerdo de la carnicería de Penco todavía ardía en las mentes de todos. Apenas habían pasado dos años desde aquel 12 de marzo de 1550, cuando Pedro de Valdivia, al mando de doscientos españoles y un puñado de aliados picunches, enfrentó en Penco a la marea humana levantada por el toqui Ainavillo. Valdivia había erigido allí un fuerte, un baluarte contra lo inesperado, para mantener a sus hombres preparados. Ocho días le habían bastado para trazar una zanja de dos metros y medio de profundidad, tras la cual se alzaba una pared de tierra, de mil quinientos pasos de longitud, moldeada con la tierra misma que habían cavado. Era una muralla humilde, pero suficiente para desafiar a la tormenta que se avecinaba.

Y la tormenta vino. Según los relatos, decenas de miles descendieron como un río desbordado, rugiendo y arremetiendo contra la empalizada española. Flechas, gritos y el estruendo del avance golpeaban la defensa, mientras los hombres de Valdivia, firmes tras la

muralla, sostenían con valor cada pulgada de terreno, conscientes de que aquel día decidiría quién dominaría la tierra y quién se perdería en ella.

El suelo tembló bajo sus pies, y el cielo se oscureció con flechas. La batalla se decidió en un instante: la caballería de Villagra irrumpió como un trueno, destrozando filas, dejando tras de sí millares de cuerpos y un silencio de espanto. Los sobrevivientes cargaron la marca del escarmiento: Valdivia ordenó cercenar manos y narices antes de liberarlos, para que fueran heraldos del miedo.

Ese recuerdo pesaba ahora sobre el Fuerte de Lota. La sola llegada de Villagra agitó a los hombres. Los españoles dejaron la pesca y el cultivo para encerrar ganado y caballos tras las empalizadas. El coronel Del Campo organizaba escuadrones: uno hacia el Biobío, otro hacia el Sur. La frontera entera parecía un tambor tenso, esperando el golpe.

El crepúsculo caía con la lentitud de la amenaza. En uno de esos días, Del Campo, al volver al fuerte, se detuvo ante los ladridos frenéticos de su perro. El animal corría hacia un matorral, retrocedía, volvía a embestirlo, como si algo lo llamara desde allí. El coronel desmontó, arcabuz en mano. Entre ramas y sombra, descubrió un cuerpo caído. Levantó el arma, pero un gemido lo detuvo. No era un mapuche. Bajo el polvo y la sangre, reconoció un rostro familiar.

—¡No... Felipe! —murmuró, incrédulo.

El joven abrió apenas los ojos y alcanzó a

pronunciar “Francisco” antes de desplomarse. Con ayuda del viejo Baltasar y soldados, lo cargaron al fuerte. Isabel, la esposa del coronel, lo recibió entre lágrimas. En la penumbra de la choza, Felipe recobró la conciencia. Su voz era débil, pero sus palabras traían el peso de un año entero.

Había vivido como cautivo entre los araucanos. No todo fue tormento: Millaray, sobrina de Colo-Colo, lo había protegido. Hubo ternura, hubo un intento de hacerlo suyo. Pero el rumor de una expedición mayor, de un levantamiento, lo impulsó a huir, atravesando bosques y ríos, acosado por hambre y flechas. Solo la providencia y la lealtad de un perro lo habían traído de vuelta.

Su relato encendió el fuego de la memoria. Los hombres recordaron entonces la hazaña de Juan, el hermano intrépido, que una vez había escapado de trescientos enemigos lanzándose desde un peñasco imposible. Sobrevivió donde cualquiera habría muerto. Su nombre quedó marcado en la frontera como el de un hombre que la muerte había rechazado.

La noche cubrió el fuerte. El viento del mar se mezclaba con el crujido de las empalizadas. Aucai, el perro del coronel, gruñó hacia la puerta. Allí apareció Juan, con barro en la ropa y la mirada helada del que viene de las sombras.

—Si traes malas noticias, desembúchalas de una vez —exclamó el coronel.

—Nada de alarmas —respondió Juan, con voz serena—. Por ahora, los araucanos están lejos.

El fuego chisporroteó. En aquel silencio cargado, los hombres compartieron lo que solo la frontera podía dar: el miedo y la esperanza, el peligro y la fe, la certeza de que cada día vivido era un pulso ganado al destino.

Capítulo IV

EL DORADO DEL SUR

El coronel Francisco del Campo regresaba desde Penco con el corazón cargado de un cansancio que no era solo físico, sino también moral: había implorado refuerzos para el Fuerte de Lota y, como tantas veces, había vuelto con las manos vacías. El camino del río lo recibió como un largo túnel de penumbra y resplandores: los árboles centenarios formaban una bóveda sobre su cabeza, y cada rayo de luz que se filtraba entre las ramas parecía un recordatorio de la fragilidad de los hombres en aquellas tierras.

Avanzaban en silencio, hasta que alcanzaron la altura de la Nahuelbuta. Allí, cuando el horizonte comenzó a abrirse en un claro azul, Del Campo detuvo el caballo y, como quien busca respirar un instante fuera del tiempo, dejó vagar la mirada sobre el valle de Antulicán.

Fue entonces cuando ocurrió. Ante sus ojos, la bahía se transfiguró. El aire vibró, y en aquella vibración el paisaje cotidiano se disolvió como un velo para revelar otra ciudad, imposible y magnífica: los techos de las chozas centelleaban como si fueran de oro, las calles de lajas parecían tejidas con hilos de plata, y de las torres invisibles caía una luz que no era del sol, sino de un sueño.

Del Campo creyó reconocerla de inmediato: Trapananda—susurró para sí— la ciudad mítica, el Dorado austral, el edén donde los hombres podían vivir en armonía. Por un

instante, la certeza de su existencia se apoderó de él con la fuerza de una revelación. Su corazón se agitó entre gozo y tormento: gozo, por la belleza prometida; tormento, porque sabía —como todo hombre que ha sufrido— que aquello quizá no era más que un espejismo del alma.

Sus ojos brillaban como si lloraran sin lágrimas. En aquella visión cabían todas sus fatigas, todos los dolores de una vida marcada por la violencia, pero también la fe íntima en que la historia de los hombres no estaba condenada a la sangre y al hierro, que todavía era posible soñar con una comunidad distinta, justa y dichosa.

Sus soldados lo adelantaron con sus caballos, sin advertir que su jefe había quedado atrás, suspendido entre dos mundos: la dura tierra conquistada y el reino imposible de sus ensoñaciones. Fue un sacerdote, lo único que trajo de Penco, quien lo arrancó de aquel raptó. Se aproximó, lo miró largamente, y con voz suave lo llamó por su nombre. Francisco, estremecido, volvió al presente, dejó escapar una sonrisa leve, casi resignada, y retomó la marcha.

Sin embargo, dentro de él la visión persistía. Trapananda no había desaparecido: quedaba prendida en su memoria, como esas melodías que, una vez escuchadas, nunca abandonan el oído. Y comprendió que esa ciudad no estaba en los mapas, sino en lo más profundo de los hombres: en el anhelo secreto de felicidad, en la esperanza obstinada que sobrevive incluso al dolor y a la derrota.

Así, entre la niebla del valle y el ruido de los cascots, Del Campo descendió con los suyos por la cuesta del Patagual, hacia el Fuerte de Lota. Pero en lo íntimo de su pecho llevaba consigo algo más precioso que un ejército: la certeza de que Trapananda no había muerto, porque seguía viva en el inconsciente colectivo, aguardando a quien tuviera el valor de soñarla de nuevo.

El cura, sencillo labrador de la semana y pastor de almas los domingos, alzó su voz bajo el techo humilde de la capilla del fuerte. El día amanecía puro, como si el sol hubiese querido bendecir a los hombres fatigados de sangre. El astro surgió tras los montes con fulgor de oro bruñido, arrancando destellos a las hojas húmedas y encendiendo de esperanza las chozas y los rostros.

Aquel domingo no era como los otros. Los españoles, entre el tedio de la frontera y la nostalgia de su patria lejana, celebraban su rito más querido: la carrera del odre, un recipiente hecho de cuero de animal, utilizado para almacenar y transportar líquidos, especialmente vino o aceite. Se preparaba cosiendo y pegando el cuero, dejando el cuello del animal para cerrarlo con un tapón. No era simple juego, sino desahogo de coraje, espejo de su ansia de vencer, metáfora de su propia existencia en tierra extraña.

Partieron los caballos como relámpagos, el aire sacudido por cascots y gritos, la tierra estremecida bajo los cuerpos tensos de hombres y

bestias. Felipe Del Campo, erguido sobre un corcel negro, volaba como una flecha. Tras él, Mendoza, musculoso y obstinado, parecía la sombra que lo perseguía desde el fondo de los siglos. El bosque entero se convirtió en escenario de epopeya: ramas desgarrando rostros, charcos tragando cascos, troncos que se alzaban como murallas. Cada obstáculo era un juicio, cada salto un destino.

Cuando el odre balanceaba sobre la rama para ser alcanzado por Mendoza, su corcel se hundía en el barro, prisionero de su fuerza. Felipe, jadeante, capturó el odre y agitó con su brazo al viento como una bandera, se alzó vencedor, no sólo de la carrera, sino del destino que parecía condenarlos para siempre. Los gritos estallaron, las manos se alzaron, y el vino corrió como sangre alegre en la boca de los hombres. Por un instante, la guerra fue olvidada.

Más la calma es siempre preludio de tormenta en aquellas tierras. Al caer la tarde, un rugido rasgó el aire: puma o demonio. El coronel Del Campo alzó la cabeza; en sus ojos brilló un presagio. Y fue entonces que emergió la figura de Juan, su hermano: alto, terrible, su cabellera negra como ala de cuervo, su paso tan silencioso como la muerte que lo acompañaba.

Los mapuches lo conocían con nombres que helaban la sangre: *Viento de la Muerte*, *Cuchillo Largo*. No era hombre de oro ni de gloria; era hombre de odio. La visión de los cuerpos mutilados, el recuerdo de su hermano

asesinado, habían sellado en su corazón un pacto sin retorno. Desde entonces, su existencia se redujo a una sola obsesión: dar muerte antes de morir.

No buscaba tesoros ni tierras, como los otros; no soñaba con el Dorado, sino con la noche roja de la venganza. En su arco, en su cuchillo, en su grito desgarrador que hacía temblar los bosques, se encarnaba el rencor de un solo hombre convertido en leyenda. Y aunque algunos lo llamaban loco, otros lo reverenciaban como protector, pues su sola presencia bastaba para ahuyentar tribus enteras.

Pero en el silencio de sus noches, cuando la fiebre del combate cedía, Juan era un hombre quebrado, un ser sin descanso. Su odio lo sostenía, pero también lo consumía. Y en ese doble filo residía su tragedia: que cuanto más se afirmaba como guerrero invencible, más se perdía como hombre.

Capítulo V
EL CAUTIVO DE MILLARAY

Los últimos días de abril amanecían fríos, con un aire tan límpido que parecía cortar la piel. El pehuén dejaba caer sus piñones como dádivas secretas, y las avecillas y animalitos se disputaban, febriles, aquel tesoro de invierno. En medio de ese ciclo eterno, Felipe Del Campo, con espada al cinto y arco al hombro, emprendía como siempre sus rondas de guardia hacia el bosque.

El coronel, su hermano, le indicó no alejarse: una recomendación fraterna, casi una súplica. Felipe escuchó, sonrió con desdén y se alejó sin mirar atrás. Aquella advertencia le quemaba como un hierro en el orgullo. Él, hijo de la frontera, temerario hasta la imprudencia, no podía concebir que los árboles pudieran esconder acechanzas que sus ojos no descubrieran.

Apenas se internó entre los árboles, su mal humor se disolvió. El bosque lo reclamaba con susurros de hojas, con perfumes de tierra húmeda, con la música lejana del mar. En ese universo Felipe se sentía libre, dueño de sí mismo. Caminaba más y más hondo, como si cada rama rota y cada carrera fugaz de un escurridizo animal lo llamaran hacia un destino invisible.

Un arroyo lo recibió tras dos horas de marcha. Sus aguas, claras y frías, se deslizaban

sobre piedras musgosas, mientras robles y quilas entretejían un dosel tan espeso que apenas dejaba pasar la luz. Copihues y madreselvas encendían con rojos y blancos las sombras, y los helechos se erguían como guardianes de un pasado remoto, reliquias vivas de una tierra que había ardido, millones de años antes, en los fuegos de volcanes y carbón. Todo parecía hablar de eternidad, de ciclos infinitos que reducían al hombre a un breve soplo.

De pronto, el silencio se volvió demasiado profundo. Sólo el chucao, ermitaño de los bosques, dejó escapar su grito lejano, tan breve como inquietante. Felipe se detuvo. Sintió que había ido más allá de lo prudente; por un instante pensó en volver. Pero el orgullo pudo más.

Un animal gris cruzó la senda como un presagio. Luego, el chapoteo breve de unas alas en el agua. Felipe se inclinó tras un tronco, aguzó el oído: los rumores crecían, confundidos con el murmullo del arroyo. Un aleteo brusco, un pato que se alzaba temblando en la orilla. Todo anunciaba peligro, pero él no lo entendió a tiempo.

El roce leve a su espalda fue lo último que percibió. Se volvió, y el mundo se quebró en un golpe seco: un mazo araucano lo derribó de inmediato, hundiéndolo en la negrura.

Cuando volvió en sí, la vida era dolor y desconcierto. La cabeza le martillaba como un yunque, la boca reseca, el estómago vacío. Apenas pudo beber y calmar su hambre, buscó

refugio cerrando los ojos y dejándose caer contra el tronco que lo sostenía atado por los manos y pies. Permaneció inmóvil, hundido en la memoria de sus hermanos —rostros que sabía ya perdidos para siempre—, hasta que un murmullo de voces lo arrancó de su letargo.

Abrió los ojos: por la cañada descendían Millabú y otro mapuche, casi arrastrando a un tercero. Lo depositaron con esfuerzo sobre un grueso leño. El recién llegado, herido en el costado, era un guerrero gigantesco, de frente ceñida por una faja y brazos poderosos como vigas. A pesar de la herida, su rostro permanecía sereno, como si el dolor mismo temiera quebrar su altivez.

El fuego, ya encendido contra la noche, iluminaba la escena con fulgor tembloroso. Felipe distinguió el gesto solemne con que el araucano desató el cinturón que sostenía su hacha. Tras él, Millabú hablaba en voz baja con los demás. Bastó al cautivo oír unas frases dispersas para reconstruir la verdad: el jefe había sido alcanzado por los españoles que aún los hostigaban y era preciso reanudar la huida sin demora.

Felipe reconoció al herido. Era Regumilla, señor de vastas tierras en lo que hoy sería Coronel, hombre con quien había compartido jornadas de caza y aprendizajes de la vida agreste. El destino lo devolvía a sus ojos, quebrado pero aún erguido. Regumilla, al advertirlo, abrió su ropa y mostró la herida: un hilo de sangre corría lento por su costado, brillando a la luz del fuego.

—“Viento de la Muerte” me ha hecho esto —murmuró con un desprecio sombrío—. Su arco nunca descansa.

Ese nombre, repetido como presagio entre los mapuches, encendió en Felipe una chispa de esperanza: quizás aún lo buscaban. Pero pronto comprendió la inutilidad de ese pensamiento. La persecución no podía terminar sino en su propia muerte, y Juan —conocedor de las costumbres araucanas— sabía que lanzarse a un rescate era condenarse al fracaso.

Los guerreros se agruparon en torno a su jefe, cuyo fin presagiaban cercano. Regumilla entonó en voz baja el canto de muerte de su pueblo; sus hombres inclinaron la cabeza, reverentes. Después, el cacique se alzó imponente, como queriendo desafiar a la propia muerte. El orgullo se borró lentamente de su rostro, que se suavizó como bajo un soplo invisible. Con los ojos fijos en la espesura, habló a una visión secreta que ninguno más podía contemplar. Y súbitamente se desplomó en los brazos de los suyos. Una convulsión estremeció su cuerpo; agitó los dedos en el aire como si quisiera aferrarse a la vida, y luego todo se quietó.

La luna, rasgando los nubarrones, arrojó su luz blanquecina sobre la cañada. A sus pies, los araucanos cavaban una fosa junto a un roble. Prepararon un lecho de musgos y helechos, depositaron allí al cacique con sus armas y lo cubrieron con ramas de canelo y copihues.

Permanecieron inmóviles, como rezando en voz baja, mientras el viento de la noche gemía como un responso.

Felipe, aunque curtido en los horrores de la guerra, sintió que aquel rito lo marcaba para siempre: la última mirada del guerrero, la palidez extendiéndose sobre su faz, la luna derramando su piedad desde lo alto. Supo que jamás podría olvidarlo.

Entonces, la voz ronca de Millabú lo arrancó de su estupor. Le ordenaron levantarse. Le advirtieron que la menor tentativa de fuga sería su sentencia. Le soltaron las ligaduras de los pies y, flanqueado por dos hombres, Felipe emprendió la marcha por el bosque. La noche se cerró sobre él como un cerco implacable, y comprendió con un estremecimiento: la caza había terminado. Esta vez, él era la presa.

Cuando por fin llegaron a la aldea, el paisaje los recibió con la calma ingenua de un hogar que no sabe del dolor ajeno: humo azulado, niños que jugaban, perros que dormitaban tendidos al sol. Para Felipe todo aquello parecía una aldea en la que había vivido en otra vida; el aire le devolvía nombres y sonidos conocidos, y por un instante la dureza de la captura se dulcificó hasta convertirse en nostalgia.

Lo condujeron a la choza del cacique. Colo-Colo entró como una aparición severa: viejo, sí —decían sus arrugas—, pero dotado de una rectitud que imponía respeto. Su rostro, semejante a una máscara bruñida por los años, no

dejaba adivinar ni indulgencia ni crueldad; sólo una decisión sosegada. Habló con voz que parecía pesar cada palabra:

—Águila veloz —dijo—, has vuelto al nido de Colo-Colo. Vuela bien, vuela alto... pero la venganza de mi pueblo es más rápida.

Felipe, aún palpitante y agitado por la reciente marcha en el bosque, y por el zarpazo que lo había derribado, trató de explicarse con una energía que quería ser inocente.

—No tuve ocasión de defenderme —balbució—; me asestaron por la espalda. No llevo la culpa de la sangre vertida entre vuestro pueblo y el mío.

Colo-Colo lo miró largamente. Hubo en sus ojos una especie de juicio sereno, y luego la sorprendente oferta que sólo un anciano sabio puede osar:

—Conozco tu valor —dijo—. Eres ligero como el viento y certero como el ave. Soy viejo y no tengo hijo que siga mi voz. Quédate. Serás de mi linaje; te daré tierras, hombres y honor. No pido que alces la mano contra los tuyos. Quiero paz. Y además... —añadió, y su voz se hizo más suave— mi nieta Millaray calla desde que partiste. Ella será tu compañera.

Aquel ofrecimiento, tan extraño como una fruta que se encuentra en el desierto, golpeó a Felipe con una mezcla de incredulidad y conmoción. Millaray entró entonces en la choza con la viveza y la timidez de quien descubre a un amante ausente: su belleza no era sólo forma, sino

decisión. Sus ojos, grandes y oscuros, ardían con el fuego de quien ha esperado y sufrido. Al verle, se abrazó a él con la inocencia de quien reprende y consuela a la vez.

El diálogo entre ambos fue un duelo de verdades y heridas. Millaray, con esa ternura que sólo tienen las mujeres que han conocido el desprecio, le habló de su soledad, de las burlas, de la espera que había hecho de su vida un tiempo sin música. Felipe sintió esa voz como una plegaria y como una condena. Contestó con franqueza angustiada: su hogar estaba entre los suyos; no quería renunciar a las caras y las manos que lo habían criado; no podía, decía, vivir ajeno a su sangre. Millaray escuchaba, y en su silencio había furia y súplica.

—Si me quieres —dijo ella, quebrándose—, no me dejes ir. No puedo volver a ser la que era antes de ti. Mi sangre y mi tierra me han hecho lo que soy. Tu pueblo me ultrajará; conmigo no sucederá eso.

Felipe, dominado por la contradicción, sintió por un segundo la atraída tentación de arrebatarla al mundo entero y guardarla consigo en la seguridad del fuerte. Fue un impulso humano, tan sencillo como desesperado. Luego, sin embargo, la realidad histórica —la memoria de las heridas, el nombre de los muertos, la cólera de los caciques que pedían su sangre— vino a replegarlo. Comprendió que su libertad y la de ella no podían conciliarse sin traicionar a otros, que cualquier intento de pertenecer a los dos

mundos sería un acto de violencia contra ambos.

Millaray no cedió. Su amor no era poseer, sino ofrecerse; y en esa oferta había una fuerza que desgarraba las conveniencias. Sus palabras, pronunciadas sin teatralidad, con el fuego de lo auténtico, atravesaron a Felipe como una flecha discreta:

—Si me amas, no me pidas que te deje. Quiero estar contigo, no renunciando a mi estirpe. Si me amas, toma lo que soy.

La escena tuvo la intensidad de una confesión frente a la cual no caben más argumentos. Felipe la besó, no en la impulsiva violencia del deseo, sino con una ternura que era en sí misma un perdón. Aquella rendición fue la más humana de las victorias: no la del orgullo sobre la prudencia, sino la del hombre entero que comprende su propia miseria y su propia grandeza.

Cuando salieron a buscar al niño que Felipe llamaba “capitán”, la aldea les devolvió con un gesto sencillo la confirmación de la vida: risas de críos, manos que se ciñen a sus rodillas, la frivolidad reposada de un juego. Un pequeño, sin cálculo ni política, se aferró a la pierna de Felipe con la natural confianza de quien reconoce en él no al enemigo, sino al amigo de juegos; y en ese abrazo hubo para Felipe una tregua, una promesa de que no todo estaba perdido.

La noche cerró sobre la aldea con la calma de quien ha enterrado una esperanza, pero no la ha destruido. En el pecho de Felipe, contra la

certeza del peligro, empezó a germinar un sentimiento más difícil que la valentía: la conciencia de que algunos lazos se atan más allá de la sangre, y que quizá —solo quizá— en ese encuentro imposible entre dos mundos laten todavía las semillas de una paz que la Historia no logra arrancar del corazón de los hombres.

Capítulo VI

LA CARGA DEL DESTINO

Cuando los primeros españoles irrumpieron en el Imperio Inca y, poco después, descendieron por los desfiladeros del norte de Chile hacia 1541, hallaron un poder que se extendía desde Ecuador hasta las riberas del Maule. Allí, en esa frontera natural, el avance incaico se detuvo como si hubiera chocado contra una muralla invisible: frente a ellos se alzaba un pueblo indómito, al que los conquistadores llamaron “araucano” —enemigo, adversario eterno—.

No eran como los picunches del valle central, ni como los pehuenches y puelches de la cordillera, ni como los huilliches del sur. Eran una cuña de hierro, clavada en el corazón de Chile, y jamás permitieron que el imperio del Sol cruzara sus dominios.

Guerreros desde los orígenes, los mapuches habían sido empujados por culturas más antiguas —como la chincha— hacia el norte, el este y el sur. Pero cada retroceso los endurecía más, cada desplazamiento multiplicaba sus tribus y robustecía su raíz. Al fin ocuparon, con férrea tenacidad, la tierra comprendida entre los ríos Biobío y Toltén. Y aunque su fuerza habría podido arrasar más allá, fue el amor a su tierra, profundo y reverente, lo que los mantuvo atados a esos llanos, a esos bosques y a esas aguas que se volvieron su patria sagrada.

En ese temple se forjó, siglos después, la esencia del soldado chileno. Porque si bien en la conquista brillan las virtudes de los españoles, el espíritu nacional se inclina con más fervor hacia la herencia araucana. *La Araucana*, de Ercilla, no fue sólo un poema: fue el canto que convirtió en plegaria patria aquel ejemplo de resistencia, aquel pueblo que supo transformar su territorio en ejército invisible de montañas, ríos y selvas.

La guerra de Arauco cambió para siempre la estrategia militar de los conquistadores. Allí, entre bosques espesos y pantanos traicioneros, las tácticas de Europa quedaron inútiles. Los españoles se vieron forzados a olvidar sus formaciones rígidas y a aprender la guerra ágil de los mapuches: ataques súbitos, huidas rápidas, golpes de mano. Valdivia, tras la destrucción de Santiago en 1541, sumó quinientos hombres; Hurtado de Mendoza desembarcó en 1557 con cuatrocientos; Rodrigo de Quiroga recibió centenares; Sotomayor, ya en 1583, reforzó las líneas con un millar de soldados. Y aun así, nunca bastaron.

Al comenzar el siglo XVII, la guerra interminable había creado un ejército permanente. Miles de hombres ocupaban fuertes, ciudades y trincheras en torno al Biobío. Para un rincón tan apartado del mundo, la cifra asombraba: Chile, con apenas diez mil españoles y criollos, mantenía una proporción de combatientes mayor que las colonias del Plata o del propio Perú.

Mientras tanto, la población indígena se

desangraba. La guerra, el hambre, las pestes, los trabajos forzados, y sobre todo el mestizaje. En menos de un siglo, el indígena puro era ya casi una sombra en el valle central. Pero de aquella mezcla violenta, dolorosa e inevitable nació algo único: el mestizo chileno. No existía igual en México ni en Perú, donde las masas indígenas sobrevivieron intactas. Aquí, en cambio, la sangre se fundió en un crisol nuevo, bajo el sello de la mujer mapuche y la espada española.

El *Admapu* —esa red invisible de normas, creencias y prohibiciones— moldeó el destino del mestizaje. La mujer casada prefería morir antes que entregarse; la doncella rechazaba al invasor con fiereza, pero si era fecundada, criaba a sus hijos dentro de la tribu. Hijos que, aun mostrando el rostro del padre, heredaban el espíritu de la madre. No solo ellas cedían: también los guerreros deseaban la hembra blanca, y en cada incursión el botín más codiciado eran cautivas españolas y mestizas. A ello se sumaban las desertiones: soldados famélicos que, sitiados en los fuertes, cruzaban al bando indígena en busca de pan... y de vida.

Así nació el nuevo pueblo: mezcla de sangre y acero, de maternidad indígena y paternidad ausente. La cruz cristiana y el canelo sagrado se entrelazaron como maderas en un mismo altar. El padre español apenas veía a sus hijos; la guerra lo reclamaba. Fue la madre mapuche quien les imprimió carácter, voluntad y memoria. Ella enseñaba el *Admapu* mientras la

Iglesia intentaba borrar esas creencias con catecismos. De esa contradicción, fértil y dolorosa, brotó un tipo humano inesperado: obstinado, resistente, de inteligencia despierta, capaz de soportar privaciones hasta templar el cuerpo como hierro y el espíritu como roca.

El niño mapuche se preparaba desde la cuna. Hasta los catorce años aprendía los ritos, la historia y las normas de su pueblo; después comenzaba el adiestramiento: carreras, juegos atléticos, ejercicios de memoria, oratoria. Luego venían las armas: la honda, el arco —con los que debía abatir aves en pleno vuelo—, la lanza, la macana, la maza. Quien superaba las pruebas de resistencia y valor era admitido como *cona*, guerrero.

Así, cuando en 1536 estalló el primer gran choque —la batalla de Reinohuelén—, los mapuches no eran campesinos sorprendidos, sino soldados formados desde la infancia. Derrotados, se replegaron al sur del Carampangue. Pero la derrota no fue rendición: fue semilla. Y desde esas tierras —Angol, Coronel, Lota, Arauco, Cañete— comenzó, inexorable, la más larga y feroz guerra de resistencia que España conoció en todo su imperio.

Allí, donde los ríos bajan entre robles, coigües y raulíes, donde el aire perfuma de cipreses y el sol incendia las lagunas de la Nahuelbuta, los mapuches habían vivido siglos de serenidad. Sus aldeas se extendían en las playas, sus chozas se erguían en las planicies litorales,

bajo la sombra inmensa de aquella cordillera verde que suavizaba los vientos del Pacífico y alimentaba al Biobío. Tierra fértil, misteriosa y bendecida, que trescientos años más tarde abriría sus entrañas para mostrar el carbón de Arauco: riqueza oscura que, al igual que sus guerreros, transformaría para siempre el destino de Chile.

Allí, en esa paz de siglos, jamás se había escuchado el grito de guerra. Pero la llegada de los españoles, atravesando la Nahuelbuta con armaduras que refulgían como un nuevo sol, lo cambió todo. Lo que primero fue desconcierto y cautela, pronto se tornó odio y resistencia. El coronel Del Campo, entre otros, marchaban con Valdivia, y cada paso que daban encendía la cólera de un pueblo que se descubría, de pronto, frente a la amenaza de la aniquilación.

El primer choque memorable llegó en Andalién, Febrero de 1550. Dos centenares de españoles y miles de indígenas aliados — chinchas, viejos enemigos de los mapuches— acampaban confiados entre lagunas cuando quince mil guerreros araucanos cayeron sobre ellos como un torrente. Valdivia, con fría previsión, había protegido su campamento entre las aguas. Esa ventaja natural dio a los españoles un triunfo amargo y difícil. Desde entonces, la guerra quedó trazada: una cadena interminable de choques donde los mapuches, obstinados y fieros, se negaban a morir.

Años más tarde, la sangre siguió corriendo. Misioneros y soldados fueron abatidos

cerca del río Biobío. Poco después, un grupo de españoles atacó cruelmente la ruca del cacique Angamón, asesinando a su familia y raptando a tres de sus mujeres. Ese crimen, más que ninguna otra cosa, incendió los corazones mapuches. La guerra ya no era posible de evitar. Colo-Colo, hasta entonces prudente, incluso amistoso con algunos españoles, no pudo contener más la furia. Convocó a todos los caciques a consejo y declaró que la paciencia había terminado.

Su mensaje fue claro como un relámpago:

“Yo di pan al hambriento y abrigo al desnudo. Quise la paz, y mis gentes me señalaban diciendo: Colo-Colo es amigo de las huincas. Pero el asesinato de los míos me arrebató hasta a mis nietos. Hoy no queda sangre de mi sangre en la tierra. Ya he saciado parte de mi sed de venganza, pero aún clamo por más. No temo a la muerte: la recibiré como hermano, porque ya no queda quien pueda llorarla.”

Así nació la gran junta de los caciques. Desde cada rincón del *Butanmapu* acudieron los más temibles jefes, cada uno rodeado de miles de guerreros. Primero llegó Tucapel, apodado el Carnicero, temido incluso por los suyos; tras él, Ongol de Angol, valeroso y bien parecido; luego Cayocupil, temerario alborotador que quería hacer la guerra él solo. Millarapué llegó viejo pero con cinco mil hombres; Paicaví con tres mil; Lemolemo con seis mil; Mareguano, Gualemo y Lebopía con otros tantos. Desde Cañete apareció el gigante Elicura, cuya sola estampa imponía

respeto, seguido de Ongolmo, Purén y Lincoyán —este último, altivo y fiero, con la estatura de un coloso. Finalmente, Peteguelén descendió desde el gran valle de Arauco, trayendo seis mil lanzas más.

Era un ejército digno de epopeya, un pueblo entero en armas. La comida que sellaba la reunión pronto se convirtió en disputa: cada cacique se proclamaba el más valiente, el único digno de ser toqui. Las mesas crujían, los gritos se elevaban. Tucapel golpeó la madera con su maza:

—¡Ninguno me iguala en bravura! Que lo pruebe quien se atreva.

Elicura replicó con voz de trueno: —¡A mí me pertenece el mando, y mi lanza hablará con el que lo niegue!

Y así, uno tras otro, Ongolmo, Cayocupil, Lincoyán, todos proclamaban su derecho. El furor estuvo a punto de incendiar la asamblea, hasta que Colo-Colo, el más viejo, el más sabio, alzó la voz. Propuso una prueba que no admitía discusión: el toqui sería quien demostrara mayor fuerza sosteniendo sobre sus hombros un tronco gigantesco.

La hazaña comenzó. Paicaví, jadeante, resistió seis horas. Cayocupil apenas cinco. Otros menos aún. Purén medio día, Lemolemo siete horas. Elicura, con músculos como hierro, aguantó nueve, pero al final también cedió. Tucapel, con una resistencia feroz, sostuvo el leño catorce horas, hasta que lo dejó caer con un

rugido de dolor.

Entonces, todos callaron. Era el turno de Lincoyán. Se despojó del manto, tomó el tronco como si fuera una caña y lo cargó con una facilidad pasmosa. Corrió por la explanada, ligero, riéndose del peso que doblegaba a los demás. Avanzó bajo el sol, siguió bajo la luna, resistió hasta que la aurora tiñó de oro los bosques de Nahuelbuta. Al mediodía, cuando ya habían pasado casi veinticuatro horas, dejó caer el tronco con un estrépito que resonó como un trueno.

El silencio fue absoluto. Miles de ojos lo miraban incrédulos: ningún hombre parecía capaz de semejante resistencia. En ese instante, sin necesidad de más palabras, todos comprendieron que el destino del pueblo araucano se ponía en manos de Lincoyán, el gigante que no se rendía al peso ni al tiempo.

Así fue elegido el toqui que, desde entonces, guiaría la guerra más larga y encarnizada del continente.

De pronto, entre el tumulto de voces y guerreros exaltados, apareció un hombre solitario. Llegaba sin séquito, sin guerreros que anunciaran su paso, tan solo su figura recortándose contra la última luz del crepúsculo. Uno de sus ojos carecía de brillo desde el nacimiento, y en su iris apagado parecía guardarse el enigma de los abismos. Sin embargo, lo que en la vista le faltaba, le sobraba en juicio, en astucia y en vigor. Era Caupolicán, hijo de Leocán. Su cuerpo era alto, ancho de

pecho y de brazos como troncos, su semblante duro y severo, pero bajo aquella aspereza latía una inteligencia clara y un temple de acero.

El pueblo lo recibió con un clamor jubiloso, como si de pronto la misma tierra lo hubiera parido para aquel momento. El sol ya se había ocultado tras el océano, tiñendo de púrpura los cielos, y se decidió postergar la prueba hasta la aurora. Esa noche, los fuegos se encendieron alrededor del campamento, y el murmullo de las apuestas recorrió las filas de guerreros: algunos confiaban en la fuerza prodigiosa de Lincoyán, otros en la resistencia legendaria de Caupolicán; y los más prudentes, incapaces de arriesgar juicio, aguardaban en silencio la llegada de la mañana.

Cuando el alba, suave y fría, tiñó de oro los campos, Caupolicán se presentó ante el tronco maldito. Y, como si en vez de un madero fuese apenas una rama, lo alzó con desdén y se lo cargó al hombro. Un silencio reverente recorrió la multitud. Lincoyán, hasta entonces seguro de su triunfo, se levantó estupefacto: la sombra de la duda se había posado sobre su gloria.

Caupolicán caminó el día entero bajo el sol, y en su rostro no se dibujó fatiga alguna. Al llegar la noche, aún parecía más fuerte, más obstinado. Con la aurora siguiente, su brío no había menguado; el rocío perlaba su frente y resplandecía sobre sus hombros desnudos como si la misma naturaleza lo ungiera. El segundo día lo recorrió entre prados y montes, con paso firme y mirada inquebrantable, hasta que la luna, lenta y

perezosa, lo contempló desde lo alto y, como juez supremo, lo señaló en silencio.

Ya con el tercer sol, Caupolicán no solo sostenía el tronco: lo levantaba por encima de su cabeza y daba saltos, como si se burlara del peso y del tiempo. Entonces la multitud, desbordada por la admiración, prorrumpió en un grito unánime:

—¡Caupolicán! ¡Caupolicán! ¡Toqui! ¡Toqui de nuestro pueblo!

Colo-Colo, el anciano sabio, sonrió satisfecho. Había previsto las disputas, y había ideado la prueba no solo como medida de fuerza, sino como ardid para otorgar a Caupolicán la oportunidad de llegar y reclamar su destino. Conocía que aquel hombre era más que músculos: era un líder nato, respetado y querido por todos.

La elección fue celebrada con una fiesta grandiosa. Caupolicán, ya investido con la dignidad de toqui, demostró su prudencia nombrando como su sargento a Palta, quien debía escoger a los ochenta guerreros más valientes y esforzados. A su vez, estos quedarían bajo el mando de dos hombres escogidos con cuidado: Cayeguano, fuerte y enérgico, y Alcatipay, de las tierras de Talcahuano, cuya astucia se igualaba a su bravura.

Así comenzaba la Guerra de Arauco. Una guerra que se prolongaría durante siglos, oscureciendo la frontera del Biobío, transformando aquella tierra fértil en una llanura de sangre y ceniza. Para los españoles, era un

territorio incierto, siempre al filo del peligro, donde cada sendero podía ocultar una emboscada y cada bosque convertirse en un infierno. Para los mapuches, era la tierra sagrada, su herencia inviolable, por la que estaban dispuestos a morir una y mil veces.

Felipe, testigo y protagonista silencioso de aquellos días, seguía integrándose a la vida del pueblo. Lo vieron reír en las faenas de pesca nocturna, cuando, encendido por la emoción, arponeó un pez y acabó de cabeza en el agua, provocando carcajadas en toda la canoa. Lo vieron bailar en las rondas de enamorados bajo el fulgor de las hogueras, y también lo observaron caer en silencios largos y sombríos durante los inviernos, cuando la nostalgia lo devoraba. Solo Millaray, con paciencia amorosa, sabía cuándo dejarlo a solas y cuándo tenderle la mano.

Así, entre fiestas, trabajos y melancolías, Felipe aprendía a ver con nuevos ojos al pueblo mapuche: su nobleza, su sencillez, su vida plena y digna. Comprendía que lo que para los conquistadores era barbarie, para él se había convertido en una forma de libertad, tan luminosa y salvaje como los bosques interminables que lo rodeaban.

El amigo más íntimo de Felipe no era un guerrero consumado ni un anciano sabio, sino un niño de apenas seis años, a quien él, con afecto fraternal, llamaba “Capitán”. Era hijo de un jefe de guerra araucano y, aunque de edad tan tierna, cabalgaba con sorprendente firmeza, exigiendo

un cintillo y una lanza pequeña, adornada con los mismos colores de guerra que los hombres. En aquel diminuto jinete, en cuya frente aún brillaba la inocencia, Felipe reconocía el germen de un futuro caudillo. Por eso le enseñaba palabras españolas, buscaba conquistar su cariño y dejar, como semilla, el recuerdo de un hermano europeo que acaso un día ablandara la dureza de la guerra y mostrara clemencia con los vencidos.

Otro de los seres queridos por Felipe era un anciano mapuche, pariente lejano de Millaray, cuya vejez desbordaba la memoria de todos. Nadie recordaba cuándo había nacido, pero en su rostro surcado de arrugas y cicatrices se leía la crónica misma del pueblo araucano. Encogido por el peso de los años, pasaba largas horas dormido; sin embargo, al despertar, se erguía con arrogancia y una sonrisa que aún conservaba destellos de juventud. Entonces, con voz quebrada pero vibrante, relataba sus proezas guerreras.

Entre sus historias favoritas estaba la jornada de 1551, cuando Pedro de Valdivia fundó La Imperial al ver en las chozas indígenas el emblema del águila bicéfala de Austria. Narraba con ardor la astucia del toqui Butapichón, que, con cuatro mil hombres, tendió una trampa mortal al maestro Alonso de Córdoba en las quebradas del Pilcohué. Recordaba el fuego en los pastizales, la lluvia de lanzas, el desconcierto de los españoles atrapados como carneros asustados. Y en su mirada cansada, cada vez que evocaba

esa batalla, ardía todavía una chispa de orgullo indomable.

En la primavera que siguió al cautiverio de Felipe, el destino —siempre irónico— le tendió una emboscada distinta: la del amor y los celos. En un partido de chueca, aquel juego vibrante y feroz en que los cuerpos corrían, tropezaban y luchaban con la misma vehemencia que en una batalla, Felipe destacaba por su ligereza. Una y otra vez se abría paso, como un relámpago, y clavaba la pelota en el marco enemigo, arrancando gritos de admiración.

Pero entre los jugadores estaba Namoncura, joven guerrero ágil y conocedor de la tierra, cuya pasión por Millaray se había vuelto obsesión. Ver a la princesa sonreír con orgullo al triunfo del extranjero era para él un aguijón intolerable. En un arrebato de celos, cuando la pelota escapó de sus manos y Felipe se la arrebató, descargó contra la cabeza del muchacho un golpe brutal.

Felipe cayó bañado en sangre. El golpe no fue mortal, pero lo dejó al borde de la muerte. Millaray, al enterarse, se transformó: su dulzura se volvió furia. Juró que si Namoncura regresaba a la aldea, lo mataría con sus propias manos. Felipe, aún convaleciente, suplicó clemencia para su agresor, convencido de que la venganza sólo ahondaría la herida. Pero sus ruegos se estrellaron contra la obstinación de la princesa. Namoncura huyó, y de él nunca más se supo.

La herida abrió en Felipe otra más

profunda: la del corazón. Porque en aquellos días de debilidad descubrió que amaba a Millaray. Ella lo cuidaba con una ternura inagotable; cada caricia en sus vendas era un poema, cada canto que murmuraba junto a su lecho era un bálsamo. En el crepúsculo, cuando apoyaba la cabeza en su hombro y escuchaban juntos el canto de las aves, Felipe comprendía que la vida podía reducirse a ese instante suspendido entre el amor y el silencio.

Pero el idilio no tardó en quebrarse. Felipe, como un águila enjaulada, sentía crecer la nostalgia de su tierra. Una tarde confesó a Millaray su desesperación: no podía resignarse a la prisión, por más que la amara. Ella, herida, le respondió con lágrimas: “¿No soy suficiente para retenerte?”. Y sin embargo lo era, pero a la vez no lo era: porque el amor que ata es también el amor que sofoca.

Aquel conflicto los desgarraba: Felipe insistía en huir con ella hacia el fuerte; Millaray temía la venganza de su padre, Millabú, y la burla de los españoles. La princesa, dividida entre el deber y la pasión, rechazaba la fuga. Y así, mientras caminaban bajo la sombra perfumada de un canelo sagrado, con copihues rojos trepando entre los troncos y helechos húmedos brillando a la luz del crepúsculo que parecían custodiar sus secretos, se prometían amor eterno con la certeza trágica de que la eternidad estaba prohibida para ellos.

La desesperación acabó imponiéndose.

Una noche de tormenta, mientras la lluvia borraba los caminos y el río rugía con violencia, Felipe huyó. Se lanzó al agua, arrastrado por la corriente, y durante días vagó perdido entre bosques desconocidos, sin más sustento que hierbas y un pedazo de carne seca. Desgarrado, hambriento, extraviado bajo la sombra impenetrable de la selva, buscó en vano la Cruz del Sur para orientarse.

El cuarto día, exhausto, comprendió que había fracasado. La selva lo había atrapado en su laberinto de raíces y sombras. Se dejó caer entre unas lengas, escuchando el graznido de una lechuza blanca y el susurro lúgubre del viento. Y, mientras el sueño lo vencía, sintió que la verdadera prisión no estaba en las manos de los mapuches, sino en el propio destino, que lo arrastraba sin remedio a un desenlace aún oculto en las tinieblas.

Capítulo VII
FURIA EN LA SANGRE

El otoño, con sus llamas rojas y doradas, había agonizado bajo las ráfagas de un viento que parecía querer desgarrar la tierra. Ahora el invierno reinaba: un invierno áspero, sombrío, con su aliento helado que paralizaba ríos y estremecía montañas. Los bosques, que semanas antes ardían de color, yacían desnudos, abatidos, como si en ellos hubiera quedado inscrita la tristeza de un pueblo entero.

En el Carampangue, allí donde más tarde se alzaría un puente, el río había tejido una trampa. Troncos y ramas arrastrados por la corriente se habían entrelazado hasta formar un muro salvaje, una garganta angosta que contenía la furia del agua. Sólo cuando el soplo tibio de la primavera descendiera desde los deshielos cordilleranos, aquella presa natural cedería con estrépito, devolviendo a la corriente su violencia. Mientras tanto, los árboles de la ribera, vencidos bajo el peso del caudal, parecían inclinarse en muda reverencia.

Ese día, sólo un rumor de pasos humanos quebraba el silencio del valle. Eran guerreros mapuches: avanzaban como sombra compacta, con el sigilo de la certeza. Venían desde Arauco y habían cruzado el río por la misma presa natural, ahorrando fuerzas para lo que estaba por venir. A la cabeza marchaba Caupolicán, erguido sobre un corcel blanco que relucía en la penumbra. Sobre

los hombros llevaba, como un trofeo arrancado al enemigo, una capa española teñida en grana, vestigio de un combate reciente.

En su trayecto se le unían hombres desde Colico, desde Tres Pinos, desde Antigualla. Era como si los montes mismos le entregaran su sangre. Colo-Colo lo había presentido: que de todos los caciques aquel hombre, sería el destinado a llevar sobre sus hombros el peso del *Butanmapu*. Había aguardado su llegada con la paciencia de los sabios, porque comprendía que sólo Caupolicán, forjado de amor prohibido y linaje heroico, podría concentrar en sí la cólera y la esperanza de un pueblo.

Mientras tanto, Tucapel aguardaba. El fuerte, audazmente levantado en medio del territorio enemigo, parecía desafiar con su arrogancia de piedra. Sus muros, reforzados con arcabuces y cañones, se alzaban como una promesa de invulnerabilidad. Los españoles se jactaban de que ni en Italia podrían haber hecho obra más sólida. Pero aquella fortaleza, orgullosa en su artificio, ignoraba que el invierno llevaba consigo no sólo el frío, sino también el presagio de la furia.

Caupolicán lo sabía: un ataque frontal sería locura. La pólvora y el hierro imponían su dominio. Entonces concibió la estratagema: cubrir a un puñado de sus hombres con heno y leña, disfrazarlos de cargadores dóciles y miserables, para penetrar el portón como sombras inofensivas. Y así fue: doblados de cansancio

fingido, arrastrando fardos como quien mendiga clemencia, atravesaron las puertas. Una vez dentro, la máscara se rasgó: lanzas y cuchillos brillaron en un furor instantáneo, como relámpagos caídos sobre la guardia sorprendida.

Lo que siguió fue un fragor indescriptible. Hierro contra hueso, gritos que rasgaban el cielo, sangre que manchaba los muros. Cayeguán y Talcahuano pelearon con la fiera de cien hombres, intentando incendiar el fuerte, intentando abrir la grieta que permitiría a Caupolicán irrumpir con todo su ejército. Pero el hierro español, los caballos, el número, se impusieron. Las puertas se cerraron, y dentro de ellas quedó atrapado un infierno: guerreros mapuches degollados sin misericordia, españoles cayendo bajo el filo enemigo, un torbellino de muerte que transformó la fortaleza en matadero.

Caupolicán, desde afuera, escuchaba los alaridos de los suyos, veía el humo alzarse, sentía la humillación de la tardanza. Juró entonces no dejar piedra sobre piedra. Cercó Tucapel, prometió a la tierra que allí mismo brotaría la venganza. Dos días sostuvo el sitio, hasta que un español, en gesto de insensata valentía, salió a campo abierto. Desnudo de miedo, espada en alto, gritaba su desafío al cielo. Y, como si fuera un héroe caído de otro tiempo, derribaba enemigos con cada tajo, hasta que la jauría lo rodeó. Fue entonces que el fuerte entero, exhausto, desangrado, se quebró. La retirada castellana fue un desbande atroz: caballos

desbocados, hombres perseguidos por lanzas, gritos que se apagaban entre flechas y fuego.

Y así el Fuerte de Tucapel cayó. Su humo, arrastrado por el viento, llevó la noticia al Fuerte de Lota y más allá, hasta Penco, donde Valdivia ya preparaba la respuesta. Pero nada podría borrar lo que había ocurrido: la sangre, la furia, la revelación de que un pueblo alzado podía doblegar el hierro de un imperio.

Porque aquella jornada no fue una simple batalla, sino un destino. El *Butanmapu* había hablado, y en su voz ardía el juramento eterno: resistir.

Al iniciarse la guerra, cuarenta mil combatientes mapuches se vieron desbordados por la violencia de un enemigo que parecía invencible. El estrépito del arcabuz —ese trueno de hierro que escupía fuego y muerte— los paralizó al comienzo. Hubo un instante en que los guerreros creyeron hallarse frente a hombres dotados de poderes sobrenaturales, heraldos de un dios desconocido. Pero la fascinación duró poco. El miedo se convirtió en furia, y de la furia nació la inteligencia.

Pronto descubrieron que no todo en el invasor era invulnerable. Que bajo la malla y el hierro había carne. Que el caballo, bestia deslumbrante y temida, podía ser derribado con lazo o garrote. Que la lanza de fresno, de tres metros, podía encontrar réplica en la macana o en la astucia. Y que cada arcabuz, pesado y lento, dependía de una mecha que la lluvia apagaba.

Así, lo que al principio fue pavor, se transformó en escuela; y lo que parecía milagro, en táctica.

El pueblo mapuche aprendió. Aprendió a espiar, a fingir sumisión, a dispersarse y reaparecer. Aprendió a desorganizar al enemigo, a golpearlo donde menos lo esperaba, a arrebatarse sus caballos y convertirlos en aliados. De esta savia nació un genio: Lautaro. Aquel adolescente cautivo, que había servido como mozo de espuelas del mismísimo Pedro de Valdivia, absorbió el arte militar del conquistador, y lo devolvió contra él con una claridad asombrosa.

Apenas contaba dieciocho años, y ya su mirada ardía con el brillo de los predestinados. Supo que el coraje desnudo sólo multiplicaba cadáveres. Que la fuerza de su pueblo debía transformarse en orden, en disciplina, en inteligencia. Dividió a los cuarenta mil guerreros en compañías especializadas: piqueros, flecheros, jinetes, maceros. Implantó señales para transmitir órdenes en medio del fragor, jerarquías para garantizar la obediencia, reservas para sostener la batalla cuando la fatiga doblegaba al enemigo. Convirtió a una turba ardorosa en un ejército.

De esa transformación nacerían Tucapel, Marigüeñu y Concepción: nombres que habrían de grabarse como relámpagos en la memoria de un continente. Allí el joven Lautaro, salvaje y analfabeto para los ojos de sus enemigos, pero genio militar para la eternidad, alzaría la antorcha de la libertad de un pueblo jamás vencido.

Mientras tanto, Pedro de Valdivia, ciego en su soberbia, avanzaba sin advertir el abismo que se abría bajo sus pies. Había fundado ciudades como quien clava estacas en un territorio vivo: Santiago, La Serena, Concepción. Fortalezas que eran más ilusiones que realidades, sostenidas por soldados que eran tanto campesinos como aventureros, tan dispuestos a empuñar el arado como a blandir la espada. Con ellos, con esos hombres escasos y dispersos, pretendía someter a un territorio inmenso y a un pueblo indomable.

Era diciembre de 1553. Por los acantilados sombríos de Nahuelbuta, donde los bosques parecían custodiar secretos de siglos, Pedro de Valdivia marchaba hacia el fuerte de Tucapel desde Quilacoya. El Maestre de Campo Juan Gómez de Almagro, en Penco, había recibido el 14 de diciembre la orden urgente de reforzar Purén, pues Valdivia, con su instinto de viejo zorro, sospechaba que Lautaro caería sobre aquella guarnición. Y sin embargo, en la misma carta dictaba el sino de todos: el día de Navidad, reunirían sus fuerzas en Tucapel.

Tras Valdivia se extendía un cortejo interminable. Españoles endurecidos por guerras en Europa, indios auxiliares arrancados de otras tierras, aventureros con los ojos encendidos por el oro. No era un ejército, era un río humano, turbulento y desigual, movido por la ambición, la codicia y el miedo. Decían que eran más de mil, pero se asemejaban más a una tropa de sombras

que a una falange de acero.

Valdivia, altivo, prometía oro y encomiendas, mas ni la paga bastaba para calmar el fuego que devoraba los corazones. Creían avanzar hacia la venganza, hacia el castigo contra Caupolicán. En verdad, caminaban hacia el destino. Porque en los bosques profundos de Cañete aguardaba Lautaro, el aprendiz vuelto maestro, el halcón en cautiverio que había aprendido a volar, paciente como cazador que conoce el paso inevitable de su presa hacia la trampa.

La marcha era lenta, grave, distinta a otras campañas. En el semblante de Valdivia asomaba un presagio oscuro, como si su espíritu intuyera que algo fatal se cernía sobre ellos. Para despejar el camino, envió a un capitán con cincuenta hombres. Nunca regresaron.

Cuando se cumplió el plazo de espera, Valdivia reunió consejo. La decisión fue avanzar todos juntos, bajo la misma suerte. El miedo tensó la tropa como arco a punto de quebrarse, pero el conquistador, erguido, ordenó continuar.

Cuatro kilómetros más allá, el espanto se hizo carne: cabezas de sus hombres en picas, cuerpos desgarrados colgando de los árboles. Un silencio helado cayó sobre la hueste, roto al fin por maldiciones y gritos de venganza.

Entonces un indio aliado, jadeante, cayó de rodillas ante Valdivia: —¡Señor! No avancéis. En Tucapel os esperan veinte mil. He visto sus filas: han jurado morir

antes que rendirse.

Un escalofrío recorrió la columna. Valdivia permaneció un instante en silencio, pero pronto, inflamado, tronó con voz de hierro: —Caballeros, ¿qué dudamos? ¿Acaso temblamos antes de ver al enemigo? ¡Adelante!

Espoleó a su caballo. El ejército, contagiado de su furia, retomó la marcha.

Descendieron la colina hacia la llanura cubierta de hierba verde. El horizonte lo cerraba un bosque denso, siniestro. El silencio era tan espeso que ni las aves se atrevían a cantar.

De pronto, de la espesura salió tambaleante un araucano exhausto, cayó de rodillas y, alzándose de golpe, corrió hacia los españoles. A su lado irrumpieron cincuenta guerreros, pero ocultos en el bosque habían miles, lanza en mano, espuma en los labios, como lobos al degüello.

Valdivia se levantó en su caballo, alzó su espada al cielo y bramó: —¡España querida, hasta aquí he traído tu estandarte! ¡Sólo la espada salvará nuestras vidas!

Los araucanos rugieron con voz unánime: —¡Ladrones! ¡Mentirosos! ¡Hoy dejarán la vida en estas tierras!

Un arcabucero disparó, y el estampido abrió paso a la caballería. Dos mapuches cayeron, y los españoles, exultantes, se lanzaron en arremetida. Por un instante los indígenas se replegaron, y Valdivia gritó victorioso: —¡Adelante! ¡No hay nada que temer de esta

turba!

Pero entonces, como surgido de un sueño de bronce, apareció Caupolicán sobre un caballo blanco, imponente y sereno, con los ojos encendidos de majestad. A su lado, dos caciques de cuerpos pintados, ceñidos con cintillos de guerra, avanzaban con solemnidad terrible.

La primera línea de caballería española se estrelló contra el muro de picas. Caballos ensartados, jinetes que caían con los huesos partidos, un relincho agónico que desgarraba la llanura. El resto logró abrirse paso a empujones, pero pronto fueron rodeados. Las filas araucanas se cerraron como tenazas de hierro, y dentro de aquel torbellino los castellanos fueron despedazados sin misericordia.

El cull-cull resonó grave, ronco, como la voz de la tierra misma, marcando el paso solemne de los guerreros. Valdivia sintió la sombra de la duda, pero antes de retroceder, Mareande lanzó la orden. El bosque retumbó con el compás de los tambores invisibles: ¡pam, pam! ¡pam, pam! Era el destino que caía sobre ellos con paso ineludible.

Para quebrar el desaliento, Valdivia envió a su sargento con la tropa más aguerrida. La acometida fue ciega, rabiosa. Cayeron cabezas, miembros, vísceras volando al aire. El pasto se tiñó de rojo vivo. Nadie daba tregua, nadie retrocedía. Ya no era una batalla: era un juramento sin palabras. Pelear hasta morir.

La ferocidad española arrancó

momentáneamente terreno; algunos araucanos retrocedieron, y en la confusión se escucharon voces desesperadas:

—¡Victoria! ¡España! ¡España!

Pero entre esas exclamaciones se alzaba, invisible, una figura que pronto cambiaría el curso de la historia. Un muchacho mapuche, apenas un paje a ojos de los españoles, contemplaba la matanza con un fulgor extraño en sus ojos. Tenía dieciocho años, y para los hispanos era “Felipe”. Para su pueblo era Lautaro.

Había visto a los suyos degollados, mutilados en las batallas primeras de Reinohuelén. Él había sobrevivido porque supo callar, fingir, aprender. Desde la sombra, se impregnó del arte de la guerra española: su idioma, sus estrategias, el cuidado de sus caballos. Durante años, bajo la máscara del sirviente, fue sembrador de muerte en secreto, informante de los caciques, terror invisible de los fuertes fronterizos. Nadie, ni siquiera los soldados que lo alimentaban, sospechaba que aquel muchacho silencioso era un halcón en cautiverio, aguardando el instante de abrir las alas.

Ese instante había llegado.

Mientras los escuadrones de Caupolicán retrocedían en aparente desconcierto, se abrió un vacío de cincuenta metros entre ambos ejércitos. Y en ese silencio tenso, un sonido extraño retumbó en medio de los españoles: el cull-cull resonó ahora desde dentro de sus filas. Los rostros palidecieron. ¿Cómo era posible?

Entonces, como salido de un sueño febril, galopó Lautaro. Su lanza en alto, su torso desnudo cubierto por una capa grana manchada de sangre, y en la frente un cintillo oscuro. Era otro hombre, irreconocible para los españoles que hasta hacía poco lo tenían por criado. Su voz, firme y ardiente, atravesó la llanura:

—¡Oh ciegos, dominados por el temor! ¿Renunciarán a la gloria de sus padres? ¿Huirán como siervos, engendrando deshonor eterno? ¡Regresen, peleen, liberen a su pueblo! ¡Yo avanzo contra el enemigo, y en defensa vuestra muero!

Caupolicán, desde la colina, quedó estupefacto. Mareande murmuró: —Es él... el hombre del que tanto se habla. —Lautaro —respondió Caupolicán, con un respeto que rozaba la incredulidad.

El joven guerrero lanzó su lanza contra Valdivia. Rozó la muerte del capitán general. Luego desmontó, recogió a un español agonizante y lo degolló ante todos, como un sacramento de sangre. Montó de nuevo y se lanzó solo, a pecho descubierto, contra los jinetes hispanos.

El primer hombre fue atravesado de lado a lado, otro cayó con el muslo desgarrado. La lanza se quebró en su violencia, y entonces desenvainó la maza. Con ella aplastó cráneos, derribó caballos, hasta que, agotado, fue cercado y derribado al suelo. Pero ya el destino estaba sellado: la visión de su coraje incendió a las huestes mapuches.

Caupolicán dio la orden. El ejército entero irrumpió con un bramido que hizo temblar la tierra. El choque fue brutal: aceros contra mazas, carne contra hierro. Francisco Oro atravesó a Painaguala, y en represalia Caupolicán lo aplastó de un mazazo que desparramó sus sesos dentro del casco. Ongolmo se enfrentó a Valdivia, recibiendo una herida en la mano, mientras Leucotón y Lamas chocaban con furia ciega.

Uno a uno, los españoles fueron cayendo. El campo quedó sembrado de cadáveres, el pasto convertido en ciénaga roja. De los dos mil hombres de Valdivia apenas catorce quedaron en pie. Murieron también, uno tras otro, sin rendirse.

Solo Valdivia, acompañado de un clérigo, logró huir a caballo. Pero pronto, en un paso cenagoso, los araucanos los alcanzaron. El clérigo cayó muerto. Valdivia fue apresado.

Atado a un árbol, exhausto, se encontró frente a Caupolicán. El cacique, majestuoso, le habló con calma implacable: —Valdivia, ¿por qué no regresaste a Santiago? ¿Por qué no nos dejaste en paz? ¿Crees que tu muerte o la de tus hombres significará algo para tu rey?

El conquistador no respondió. Un pájaro negro cruzó el cielo en silencio, presagio oscuro de su fin.

Caupolicán, solemne, le exigió jurar que abandonaría esas tierras. Valdivia guardó silencio. Entonces, el cacique Leucotón, fuera de sí, descargó su maza sobre el cráneo del

prisionero. Valdivia cayó como árbol derribado, estremeciendo el suelo con su cuerpo muerto.

La ira de Caupolicán estalló contra Leucotón:

—¡Has desobedecido mis órdenes! ¡Eres un muerto en vida! ¡Huye, y nunca regreses!

Mientras Leucotón se alejaba en galope, el campo quedó en un silencio denso. La era de Valdivia había terminado.

De los dos mil, apenas dos sobrevivieron escondidos en matorrales: Uno alcanzó el fuerte de Lota, el otro el de Penco, llevando la noticia fatal: Valdivia estaba muerto.

En Tucapel, Caupolicán se alzó ante su pueblo y proclamó:
—Hoy hemos vencido. Hemos matado a Valdivia y a los suyos. ¡Esta victoria nos pertenece! ¡Pero no se engañen, vendrán otros, vendrán más!

Y señalando a Lautaro, gritó:
—¡Este joven ha salvado a nuestra nación! ¡Desde hoy será mi teniente!

El pueblo rugió: ¡Leftrarú! ¡Leftrarú!
¡Halcón veloz! Tenía apenas dieciocho años, pero su nombre ya estaba destinado a la eternidad.

Capítulo VIII EL PRECIO DEL VALOR

Volvamos a Felipe. Perdido en la espesura, con el estómago vacío y los párpados pesados como piedras, había caído rendido entre unos matorrales. Allí, bajo el manto frío de la noche, su cuerpo extenuado se entregó a un sueño profundo, casi un desmayo.

El amanecer lo despertó con un sobresalto inesperado: una lengua áspera le lamía el rostro. Era un perro. Y, tras él, las voces de hombres que se acercaban. Felipe apenas tuvo tiempo de ponerse en pie y, obedeciendo al instinto, echó a correr. Pero sus piernas eran de plomo, el hambre le había robado las fuerzas, y pronto los mapuches lo alcanzaron. Le sujetaron los brazos con facilidad, y uno de ellos, entre risas crueles, exclamó:

—¡Pobre Felipe! ¡Qué malas piernas tiene!

El resto prorrumpió en carcajadas. Un silbido breve convocó a más guerreros, que acudieron con la rapidez de aves de rapiña, y entre todos lo llevaron hasta un gran campamento. Allí preguntó, con voz temblorosa, quién era el jefe, y supo entonces que había caído en poder de Millabú.

Atravesando la aldea, Felipe percibió en cada rincón los signos inequívocos de la guerra. Hachas que se afilaban con destellos de fuego, lanzas que se alargaban como colmillos, pinturas

oscuras para endurecer los rostros. El aire olía a carne tostada, a papas asadas en tiestos de greda, al humo de la preparación inminente. En medio de aquel bullicio, el español comprendió que todo aquello era preludio de marchas largas y combates sin tregua.

Durante cuatro días permaneció encerrado en una choza, oyendo por las noches el retumbar de tambores, los gritos de danza guerrera, el chasquido de lanzas contra postes de madera. Poco a poco, recobró fuerzas, pero al quinto día la puerta se abrió. Un guerrero de baja estatura, pero de cuerpo fornido entró. Su cabellera le caía sobre los hombros y sus ojos tenían la claridad implacable del que ha visto demasiada sangre.

—Tú eres Felipe —dijo en lengua mapuche, mirándolo fijamente.

—Ese es mi nombre —respondió, sorprendido.

—Soy Lautaro. Nunca te había visto, pero conocí al coronel Del Campo y a los Mora. También vi a tus hermanos. Todos se parecen.

Felipe lo miró con asombro.

—Entonces, ¿has estado en el Fuerte de Lota!

—El mismo —respondió Lautaro, con un destello de orgullo en la voz.

Lo escrutó un instante, y añadió:

—Estás muy lejos de los tuyos, Felipe. Y has tenido la desgracia de caer en nuestras manos justo después de Tucapel. Hemos hecho una carnicería entre los tuyos, y también hemos perdido a muchos de los nuestros. Cualquier

español que caiga ahora en nuestro poder... lo pasará mal.

A pesar de esas palabras, Felipe no sufrió daño inmediato. Durante dos días más, sólo lo visitaba una anciana que le llevaba agua, grano y carne. Pero al séptimo día lo sacaron y lo llevaron a una gran choza de consejo.

Allí, entre la penumbra del humo y el resplandor de las antorchas, Felipe vio a Millabú presidiendo con severidad, a su derecha Caupolicán y Lautaro. En el centro de la ruca estaba de pie Colo-Colo, con la voz vibrante de quien sabe que sus palabras son sentencia. Los demás caciques escuchaban imperturbables, con rostros duros como máscaras de piedra. Nadie pareció notar al prisionero.

Un guerrero amigo le susurró al oído:

—Están en consejo. Prepárate para lo peor.

Felipe se estremeció.

Colo-Colo hablaba: relataba cómo había advertido a Leucotón que matar a Valdivia era condenar al pueblo a la venganza de los españoles, pero nadie quiso escucharle. Narraba con amargura la visión de prisioneros ardiendo en estacas, durante cinco largas horas, en manos de los guerreros ebrios de furia.

Felipe comprendió, al oírlo, que su destino estaba sellado. Apretó los dientes: si había de morir, moriría como soldado.

La ceremonia continuó. Millabú entregó la maza a Caupolicán, y este, con solemne gesto, golpeó con furia el suelo. Después la pasó a Lautaro, y

así cada cacique repitió el rito. Felipe lo entendió: guerra y muerte.

Uno de los guerreros se adelantó, lo miró con odio y le dijo:

—Cuando el sol vuelva a brillar, morirás.

Acto seguido, otro pintó de negro el rostro del prisionero. Felipe lo sabía: aquella máscara oscura era el sello de la condena.

La danza guerrera se desató esa tarde. Cien hombres armados rodearon un poste, siguiendo el ritmo de tambores sordos y trutucas. Sus cuerpos se agitaron como en trance, gritando, clavando cuchillos y hachas en la madera, proclamando sus hazañas con alaridos que erizaban la sangre. Era la celebración de la victoria y, a la vez, el anuncio de un sacrificio.

Felipe, encerrado de nuevo en la choza, escuchaba los gritos, los pasos, el aullido de los perros, los bramidos de los borrachos. Todo resonaba como si la noche misma se hubiera vuelto su verdugo. Y, sin embargo, cuando al fin llegó el silencio absoluto, la oscuridad lo envolvió como un manto de alivio. En aquella paz terrible, entre el miedo y la resignación, supo que estaba a un paso de la eternidad.

Y sin embargo, a fuerza de voluntad —esa última defensa del espíritu frente al abismo—, logró apartarlas, aunque fuese por momentos. Sí, estaba allí, encerrado en la oscuridad de aquella choza, con la muerte respirándole encima. Pero su imaginación, indómita, se negaba a morir. Viajaba lejos, hacia los recuerdos más remotos:

su madre, sus hermanos, Castilla... La infancia sencilla en las colinas donde pastoreaba vacas; los ríos donde chapoteaba tras las ranas; la madera de las cercas que abría cada amanecer. Viejos rostros, desvanecidos por los años, se alzaban ahora nítidos desde las paredes sombrías de su prisión, como si vinieran a darle la última compañía. Y entre todos, el de su madre, sereno, luminoso, aguardando ya en la otra orilla.

En medio de esa visión de consuelo, surgió otra, inesperada: un resplandor blanco que inundó la choza. Y de esa claridad emergió el rostro de Millaray. Sus ojos ardían con un amor indestructible, sus labios rojos se entreabrían en una sonrisa que era promesa y salvación. Por un instante, Felipe creyó que la vida misma regresaba a él.

Un brutal puntapié disolvió el espejismo. Arrastrado por un guerrero, salió a empujones de la choza. El amanecer desplegaba sobre las cumbres de Nahuelbuta un azul de galaxia remota, y el sol, al asomar, encendía las nubes y la neblina dorada en un telón grandioso. Aquel resplandor, tibio y puro, rozó el rostro de Felipe, y él, estremecido, lo miró como quien se despide para siempre del mundo.

La aldea estaba ya despierta. Gritos agudos hendían el aire; piedras y maldiciones caían sobre el “huinca” en su camino. Una multitud de mujeres, niños y guerreros le empujaba hasta el centro de la aldea. Allí, dos filas humanas se extendían como un corredor de odio: niños con

piedras, viejas con palos, jóvenes con hachas, veteranos con sus mazas pesadas. Felipe comprendió al instante: el “perimón”.

Desnudo de su camisa, recibió la señal. Y entonces, como un perro acosado, se lanzó a la carrera. Flecha humana, atravesó la calle de tormento, esquivando lanzazos, amortiguando golpes con sus brazos, respondiendo con codazos y puñetazos desesperados. La sangre manaba de su frente, su piel se desgarraba en múltiples heridas, pero su paso no flaqueaba. Y cuando alcanzó el final, cuando las mujeres y los niños se dispersaron aterrados por su ímpetu, un silencio de admiración cayó sobre los viejos guerreros. Había sobrevivido, contra toda ley de aquel suplicio.

Atado después al poste, sufrió la nueva ronda de tormentos: uñas arañando su carne, espinas clavadas, varas de sauce azotando su pecho. Pero Felipe callaba. Sabía que el menor gemido sería su perdición. Su único escudo era la entereza. Y al mostrarse invulnerable, comenzó, poco a poco, a arrancar respeto.

Felipe conocía bien el temple de los araucanos. Sabía que la única forma de aminorar su tormento era imponiendo su entereza; cualquier quejido, cualquier lamento, no haría sino acrecentar su suplicio sin adelantar la muerte. Resolvió, pues, afrontar el fin con silencio absoluto, sin exhalar la menor súplica, como si la tortura no le arrancara más que indiferencia. Era su única esperanza: provocar algún gesto de piedad o, en última

instancia, tentar a sus verdugos a acabar de una vez con su vida, librándolo de la agonía que solían prolongar con deleite.

Un joven guerrero lanzó su lanza desde diez metros de distancia contra el poste al que Felipe estaba amarrado. Se clavó con fuerza a un palmo escaso de su cabeza. Felipe, impasible, lo miró con

desdén.

—¿Cree este muchacho mapuche que un soldado español se asusta con juegos de niños? —dijo con desprecio.

El joven comprendió sus palabras y, enfurecido, lanzó un nuevo golpe con tal puntería que arrancó un mechón de su cabello. Felipe lo deseaba: confiaba en que un error bastara para darle una muerte rápida. Pero no ocurrió. Los demás guerreros, entre risas y burlas, apartaron al muchacho, empujándolo fuera del círculo. Otros tomaron su lugar. Una lluvia de lanzas y cuchillos se clavaba cada vez más cerca de su rostro y de sus hombros. Felipe, sin embargo, devolvía a todos la misma arrogancia y el mismo desprecio.

—Estoy cansado de jugar con niños —clamó a un cacique cercano—. ¿Es este mi destino? ¡Dejadme morir como un hombre!

Las mujeres ya habían abandonado el tormento, y hasta las endurecidas machis se habían retirado, vencidas por la altiva serenidad del prisionero. Su gesto arrogante, su silencio ante el dolor y su rostro imperturbable habían conquistado sus corazones. Pero los jóvenes no cedían. A una señal de Millabú, el círculo se abrió. Un guerrero

trajo un haz de leña y lo arrojó a los pies de Felipe.

Un estremecimiento recorrió al español. Había previsto el “perimón”, el arrancamiento de uñas, quizá hasta la descarnación de su cráneo. Pero no podía creer que lo quemaran vivo: él no había dado muerte a ninguno de aquella tribu. ¡Eso era demasiado atroz!

Los mapuches, en silencio, comenzaron a apilar la leña alrededor del poste. Un golpe de eslabón encendió la chispa, la chispa avivó la llama, y un humo azul ascendió al cielo. Felipe apretó los dientes, rezando en silencio por una muerte rápida.

Entonces, entre la multitud, se abrió paso un indígena, primo de Baltasar, el anciano servidor del fuerte de Lota. Había implorado permiso para hablar con el cautivo. —Felipe —le susurró con gravedad—, usted ha mostrado el valor de un hombre. En otra ocasión eso le habría salvado. Llevaré sus últimas palabras a los suyos. He hecho lo posible por usted... pero ha sido tarde. —Diga en el fuerte lo que me ha ocurrido —respondió Felipe con sencillez.

La leña crujió. Una lengua de fuego lamió su pierna. Y en ese instante, cuando el canto fúnebre comenzaba, un chillido agudo desgarró la calma de la mañana. El galopar de caballos resonó en la roca. Sobre la colina apareció un corcel negro, su jinete blandiendo la lanza y lanzando de nuevo

aquel grito de guerra que helaba hasta a los mismos mapuches.

Tras él surgieron otros jinetes, y pronto toda la ladera se cubrió de caballos que irrumpieron en la aldea. Nunca se había visto sorpresa más completa: la tribu atacante había llegado arrastrándose en la madrugada, y ahora descendía con el sol a sus espaldas como un torrente incontenible.

Al frente iba Yobilú —o Yobilo, como lo llamaban los españoles—, con más de doscientos guerreros pintados para la guerra, semidesnudos, las lanzas en alto, el pecho cruzado por franjas rojas y los rostros marcados de blanco y negro. Tras él, una figura ligera bajó de su caballo y corrió hacia el poste. No era un guerrero: era una mujer. De un tajo cortó las ligaduras, apartó a patadas las brasas encendidas y levantó el rostro: todos reconocieron a Millaray, la princesa mapuche.

—¡Que venga tu jefe! —exigió.

Millabú avanzó lentamente. Era el héroe de cien combates, el jefe respetado de su gente. Y, sin embargo, la joven lo enfrentaba sin temblor, con la altivez de su linaje brillando en sus ojos oscuros.

—Millaray reclama al español —dijo ella con firmeza.

Millabú vaciló. Temía tanto la ira de Colo-Colo como la lanza de Yobilú. Miró a los guerreros, a la columna de caballos lista para lanzarse como tigres al combate.

Entonces, hablo con voz profunda y despreciativa:

—El huinca no vale la vida de uno de mis perros. Llévatelo, Millaray. Sométete a él si quieres. Pero recuerda mis palabras: cuando te arrastres como serpiente, acuérdate de tu pueblo.

Y con ese gesto altivo, Millabú dio la espalda.

Los guerreros partieron como una serpiente viva a través de la llanura. Felipe, liberado del suplicio, cabalgaba con ellos. Más tarde, al llegar a un río, Millaray se le acercó.

—Sigue esta corriente —le dijo, breve y fría—. Al llegar el sol al cenit estarás con los tuyos. Vete. Eres libre.

Felipe no podía creerlo. Se abalanzó hacia ella, los ojos desorbitados.

—¡No quiero esa libertad! ¡Millaray, te amo! Tú me has salvado la vida, y ella te pertenece. Ven conmigo; cástate a mi manera, y yo juro volver contigo a la tuya.

Los ojos de la princesa brillaron. Se lanzó a sus brazos. Yobilú, con un gesto solemne, encabezó la retirada de sus guerreros hacia el norte. Cuando el último desapareció entre los sauces, los dos amantes volvieron sus caballos y emprendieron juntos el camino.

Capítulo IX
EL CREPUSCULO DE TUCAPEL

Era el atardecer siguiente al desastre de Tucapel. La luz mortecina caía sobre el Fuerte de Lota, tiñendo de bronce los muros y de ceniza los rostros. En el umbral de su choza, el coronel Del Campo permanecía sentado, limpiando el arcabuz con manos pesadas. Aucai, el perro fiel, yacía con la cabeza entre las patas, y en el dintel Isabel observaba con ojos cargados de presagio, rígida como una estatua. Nadie hablaba. El aire tenía la densidad muda que sólo sigue al horror.

Al fin, Del Campo rompió el silencio. —No me preguntéis más. Os contaré lo que haya que contar.

Su voz era áspera, como si cada palabra le costara arrancarla de la garganta. En la frente perlada de sudor, en la barba enmarañada y en los ojos hundidos se leía un cansancio que era más del alma que del cuerpo.

—Lo advertí... —murmuró, con un suspiro que era reproche y resignación—. Pero Valdivia no escuchó.

Y relató la batalla en la espesura, según lo contado por un soldado sobreviviente que había llegado tambaleante al Fuerte. Enemigos invisibles tras árboles y arbustos, flechas zumbando desde ninguna parte, cuerpos cayendo como hojas en otoño. Mencionó a un muchacho indígena que, montado en un caballo, se volvió

contra los españoles y se lanzó con furia suicida, hasta que la llegada de Caupolicán lo arrancó de la muerte.

En la penumbra del Fuerte, nadie respiraba. El silencio era más elocuente que cualquier exclamación.

—Después vino lo peor —prosiguió Del Campo—. Cuando Valdivia, esperanzado, creyó ver refuerzos de Juan Gómez de Almagro... no eran sino más guerreros. Millabú venía con ellos. Entonces todo se derrumbó. La fuerza de los araucanos fue como un torrente incontenible. Los hombres huían, desarmados, sin alma. Vi caer a tantos... Y aquel soldado se escondió en el hueco de un tronco, como un animal que se refugia de la tormenta. Al amanecer, todo era despojos y silencio. Cuerpos mutilados. Valdivia... no hallé rastro de él. Sólo ceniza y ruinas.

Del Campo calló. La memoria lo había llevado demasiado lejos. Se cubrió el rostro con las manos, como queriendo apartar las visiones. Nadie osaba interrumpir. Sólo cuando alzó de nuevo la cabeza, la voz le salió áspera, quebrada:

—Entonces nuestros hombres, atados a los postes, con la leña encendida a sus pies. Los mapuches danzaban alrededor, inventando tormentos. El fuego subía... hasta que uno de ellos, quizá por compasión, les cortó la garganta.

Isabel se llevó las manos al pecho. —¡Dios mío, qué horror! —susurró, y en su voz vibró el estremecimiento de toda una época.

Del Campo esbozó una mueca amarga.

—Ahora pagamos juntas... todas las cuentas.

Un segundo soldado apareció en ese instante, tambaleante, cubierto de polvo, medio desnudo y medio muerto. Saludó al coronel con un apretón de manos, como quien regresa del infierno.

—¡Gracias al cielo, alguien más escapó! — exclamó Del Campo con un respiro de alivio que pronto se tornó en amarga queja—. También él se oponía a avanzar. ¡Ah, si Valdivia nos hubiera escuchado! No habría tenido que morir, ni nosotros llorar esta tragedia.

El recién llegado, con la gravedad de quien presiente lo inevitable, preguntó: —¿Qué repercusión tendrá en la frontera esta matanza? ¿Y la muerte de Valdivia?

Del Campo lo miró con un cansancio sin fondo.

—Otro verano sangriento —respondió.

La frase quedó suspendida en el aire como una sentencia. El crepúsculo terminó de caer, envolviendo a todos en un silencio de piedra. Nadie osó decir más.

Capítulo X
LA PIEDRA DEL AGUILA

Días después del desastre de Tucapel y muerte de Valdivia, el murmullo del océano parecía contener la respiración del mundo entero. Los hombres, mujeres y soldados, en sus quehaceres en el fuerte, de pronto, no pudieron apartar los ojos de una escena: Felipe, vivo, aparecía desde el bosque, regresaba desde las fauces de la muerte, y junto a él, como surgida de un sueño imposible, aquella muchacha de noble porte, una flor arrancada del mismo corazón del *Butanmapu*.

El coronel Del Campo, sintió un estremecimiento que no se atrevió a confesar. Había visto a sus hombres caer como espigas en la tormenta, había contemplado cuerpos mutilados, pero esa visión —un hijo de la frontera retornando con una mujer araucana— le tocaba el alma de un modo nuevo, inesperado, como si la Historia misma, con su misterio implacable, les tendiese un mensaje.

Isabel, todavía húmeda de lágrimas, no se saciaba de abrazar a Felipe. Y cuando, obedeciendo a sus palabras, tomó la mano de Millaray, todo el pueblo contuvo el aliento. Dos mundos irreconciliables parecieron reconocerse en aquel gesto sencillo. La joven mapuche, temblando aún del río y de la huida, inclinó la cabeza como una cautiva, pero en su mirada había fuego y dignidad.

—Felipe es libre —susurró ella, y su voz se quebró como un canto de alondra en el crepúsculo.

Isabel, sin dudar, respondió con la ternura de una hermana:

—Y tú nos lo has devuelto. Desde hoy no eres extraña. Eres de los nuestros.

Un murmullo emocionado recorrió al grupo. Nadie habló, pero todos comprendieron que asistían a algo irrepetible: la frontera, teñida de sangre y rencor, se abría de pronto a un resquicio de reconciliación.

El coronel Del Campo alzó la vista hacia los cielos: «¡Dios mío —pensó—, si esta muchacha es un símbolo, que no se pierda su presencia entre nosotros!» Y su silencio fue más elocuente que cualquier arenga.

Juan, el cazador, murmuró a media voz, como si adivinara lo que aquel encuentro significaba:

—En las fronteras, a veces, los hombres creen que sólo la guerra dicta el destino. Pero tal vez este día comience otra historia.

Millaray, recogida bajo el brazo protector de Isabel, dio un último paso hacia el umbral de la choza del coronel. La multitud se apartó para dejarla pasar, con esa mezcla de curiosidad y respeto que despierta lo sagrado. Y en aquel instante, Felipe, aún empapado, levantó la cabeza y dijo con un brillo indomable en los ojos:

—He vuelto para quedarme. No con las armas, sino con la vida.

Y su voz resonó como una promesa sobre las aguas del Pacífico y sobre los corazones de todos los que le escuchaban.

—Millaray, a ver si nos cantas una canción mapuche —dijo Felipe con voz cálida, deseoso de mostrar a todos los brillos ocultos de su alma—. Y si no tienes ganas de cantar, cuéntanos un cuento. Quiero que vean lo bien que hablas nuestro idioma.

Ella apretó suavemente la mano de Felipe, como si en ese gesto buscara un refugio. Bajó los ojos, sonrió tímida.
—¿Qué quiere escuchar Felipe de Millaray?
—Cuéntales la leyenda de la Piedra del Águila.

Un silencio expectante cayó sobre la sala. Las llamas de las antorchas vacilaron, como inclinándose hacia ella. Millaray respiró hondo, y su voz, al principio apenas un susurro, fue tomando cadencia de río, fluyendo con dulzura y gravedad:

—En los tiempos más antiguos, cuando el cielo aún hablaba a los hombres y los espíritus caminaban sobre la tierra, vivía en los valles de la Nahuelbuta una joven a la que llamaban Luna Sonriente. De cerca y de lejos atraía a todos con su sonrisa, que era consuelo y misterio.

Al evocarla, el rostro de Millaray se iluminaba con un resplandor interior.

—Un día la vio Águila de Piedra, joven guerrero tan duro como la roca y tan veloz como el águila. Su corazón quedó prisionero de aquel fulgor. Pero Luna Sonriente, altiva como el sol en

su cenit, le pidió hazañas imposibles: que venciera enemigos invisibles, que trajera dones de más allá del océano, que superara al viento, al puma y al pez.

Las palabras caían como gotas de fuego en los corazones. Nadie se movía; ni un soldado osaba respirar.

—Águila de Piedra subió a la cumbre más alta —continuó Millaray, y en sus ojos brilló un fulgor remoto—. Allí clamó al Gran Espíritu que le concediera poder para cambiar el invierno en verano. Y entonces los hielos retumbaron, los vientos del sur se enfurecieron, los ríos se desbordaron... pero al fin el sol salió, derritiendo las nieves y empujando las tormentas hacia el fin del mundo.

La gente de la choza estaba inmóvil, como hechizada.

—Más el precio fue terrible —su voz descendió hasta volverse un hilo trágico—. Águila de Piedra quedó convertido en roca, guardián eterno del horizonte de cordillera a mar. Luna Sonriente fue hecha viento errante. Desde entonces ella lo busca en la noche, gimiendo en los bosques, llorando sobre las cumbres... Y así será por los siglos de los siglos.

El silencio que siguió era tan hondo que parecía contener un rezo. Hasta el coronel, endurecido por la guerra, inclinó la cabeza como quien se reconoce pequeño ante lo eterno. Algunos soldados parpadearon con los ojos húmedos, incapaces de aplaudir o de hablar. Era

como si aquella voz hubiera traído el dolor de todos los pueblos, el sacrificio de todos los amores imposibles.

Sólo entonces el coronel se levantó, copa en mano, con solemnidad de juramento: —Princesa Millaray... vuestro cuento no es sólo leyenda. Es espejo de nuestro destino. Españoles y mapuches, dos fuerzas distintas, dos almas enemigas... pero condenadas a buscarse, como el viento y la roca. Tal vez la paz llegue cuando uno de los dos aprenda a no resistirse más al otro. Señores, bebamos: por la felicidad de estos jóvenes... y por el día en que ambos pueblos dejen de llorar cada cual su soledad.

Las copas tintinearón. Nadie reía. Nadie cantaba. Se bebió en silencio, como se bebe en un funeral o en un nacimiento.

Millaray volvió la vista hacia Isabel. Y con esa intuición femenina que nace de lo profundo, la abrazó. —Isabel ha hecho feliz a Millaray. Ha llenado su corazón de alegría. Isabel, conmovida, sólo atinó a responder: —Te creo, porque sé que amas mucho a Felipe.

Entonces Millaray, con voz baja, casi un suspiro, añadió: —Isabel también es amada. Millaray lo ha visto en los ojos del gran coronel. Esa mirada... era como la luz triste de la luna sobre las aguas. Él te ama. Te amará siempre, con la pasión ardiente del sol poniente.

Isabel palideció, sintiendo que aquel

secreto arrancado de su alma por labios ajenos la dejaba desnuda. Quiso protestar, pero las palabras se ahogaron. Afuera, el viento del sur golpeaba los postigos con gemidos prolongados, como si fuera Luna Sonriente buscando aún, inútilmente, a su Águila de Piedra.

Y todos, sin decirlo, supieron que esa historia no era sólo un cuento: era un presagio.

Capítulo XI

EL TRUENO DE MARIGUEÑU

La mañana después de los festejos amaneció con un cielo limpio y cruel, como si el sol quisiera brillar sobre un mundo que aún no había decidido si inclinarse hacia la vida o hacia la muerte. Desde la torre del Fuerte de Lota, hacia el norte, se divisaban los cerros azules del otro lado del Biobío, senos inmóviles, vírgenes e impenetrables. Hacia el sur, el monte Marigüeñu donde Lautaro se movía como un relámpago en la espesura, amasando guerreros invisibles, extendiendo sobre la frontera una sombra que ningún sol podía disipar.

El coronel Del Campo había dejado en el fuerte a Isabel, a Millaray y a un puñado de hombres curtidos y a sus hermanos, con órdenes de resistir a toda costa. Él, en cambio, partió con su compañía para unirse a Villagra, que avanzaba zigzagueante por la cuesta hacia el Sur a enfrentar el ímpetu del muchacho que había aprendido la guerra en las mismas tiendas de Valdivia.

Lo que allí presenciaron quedaría marcado en sus almas como hierro candente. En Marigüeñu, los españoles, apenas seiscientos, fueron tragados por un océano humano. Cuatro mil mapuches, disciplinados por Lautaro, cayeron como lluvia sobre ellos desde los cerros y quebradas. Flechas, piedras, lanzas. Los caballos, espantados por el estruendo, relinchaban y se

encabritaban. Como si la tierra misma hubiese decidido expulsarlos. El coronel vio cómo los jinetes eran arrancados de sus monturas, cómo los arcabuces se volvían inútiles en la espesura, cómo el valor más fiero no podía contra la marea desatada.

—¡Resistid, muchachos, resistid! — clamaba Del Campo, aunque en su interior ya sabía que aquella jornada estaba perdida.

El aire estaba denso de humo y gritos. La sangre empapaba la hierba, y los cuerpos quedaban tendidos como semillas rotas en el bosque. Vio caer a un soldado, atravesado por tres lanzas; a Morales, que cayó con su caballo por el despeñadero y quedó despedazado en las afiladas rocas. Pero la selva de la Nahuelbuta era un laberinto. Los jinetes no podían maniobrar; los arcabuceros disparaban al vacío, viendo solo sombras que se desvanecían tras los árboles. A cada embestida mapuche, los hombres de Villagra retrocedían un paso, hasta que la retirada se convirtió en fuga. Del Campo mismo, con el brazo herido, apenas logró abrirse paso con un puñado de hombres para escapar.

El coronel sabía que, tras la muerte de Valdivia en Tucapel, y ésta derrota en Mariguéñu, era más que una derrota: era el derrumbe de un sueño. España había querido alzar su estandarte en la frontera del *Butanmapu*, y ahora la frontera ardía como un madero en la hoguera.

—No hemos perdido otra batalla — murmuró Del Campo, con la voz baja, rota—.

Hemos perdido el miedo de ellos. Y cuando un pueblo deja de temer, entonces nada puede detenerlo.

Con esa certeza clavada en el corazón, reunió a sus hombres sobrevivientes y emprendió la retirada hacia el Fuerte de Lota. Sabía que allí lo esperaba Isabel, lo esperaba Millaray, lo esperaba el pequeño destacamento a cargo de sus hermanos que había dejado resguardando el fuerte. Sabía también que no vendría descanso. Porque el eco de Marigüeñu, como un trueno que nunca se apaga, ya había anunciado el destino: los mapuches, envalentonados, pondrían sitio al Fuerte de Lota y destruirían luego por primera vez Concepción.

Y así, mientras el coronel y sus hombres retrocedían por senderos ennegrecidos por el humo y la pólvora, aún resonaban a sus espaldas los ecos de los arcabuces de Villagra, como truenos que no se resignaban a extinguirse. El aire olía a hierro y a ceniza. Y de pronto, entre el rumor de la selva y el jadeo de los caballos, se alzó en la distancia el repicar de la campana del fuerte: un tañido áspero, metálico, que parecía quebrar el corazón de la noche.

No era un llamado piadoso, sino un grito de piedra, un lamento convertido en acero. Se confundía con el clamor salvaje del bosque, con el rugido invisible de los guerreros que aguardaban tras los matorrales. Cada golpe de campana era anuncio y sentencia, como si la frontera entera estuviera convocando a su hora

final.

—Hoy —murmuró el coronel, con voz quebrada—, hemos visto nacer un enemigo que ya no teme a nada.

Y con esa frase clavada en el corazón, emprendió la retirada, sabiendo que la guerra recién comenzaba.

Capítulo XII LA ULTIMA MURALLA

Luego del ataque en Marigueñu, o de la Cuesta de Villagra; ocurrido el 23 de febrero de 1554, al sur del río Chivilingo, actual comuna de Lota, los caciques y sus guerreros se reunieron en consejo general. Vestían con orgullo los restos de ropa y armas españolas. El cacique Caupolicán se proclama jefe de las huestes. Será su amigo el que quiera la guerra; su enemigo el que quiera la paz. Lautaro solicita que se le concedan quinientos hombres para avanzar y atacar Concepción y luego Santiago, dejando a Caupolicán a cargo de las tierras del Sur.

Con cien cabezas de españoles clavadas en las picas estuvieron catorce días Caupolicán y sus guerreros en gran regocijo y fiesta, juegos y alegrías por la victoria de Marigueñu.

Puesto en orden la gente Caupolicán y su ejército marcha hacia La Imperial.

Caupolicán llega a tres kilómetros de La Imperial. Decididos los habitantes del Fuerte a abandonarla, sobreviene una tempestad, granizo, truenos y relámpagos incita a los Araucanos a dejarse caer sobre los españoles, sin embargo un viejo cura español canoso de blanda voz y que se había ganado la confianza de los Araucanos, les predice que Dios está con los españoles y convence a Caupolicán a que vuelva sobre sus pasos, a Arauco, en donde reciben la nueva de que los

españoles en esos días habían huido de La Concepción pero algunos soldados se habían quedado voluntariamente a proteger la ciudad antes de darla por perdida. Lautaro retorna su ejército en el cual vienen los caciques Purén, Tomé, Pillolco, Angol, Cayeguano, Tucapel, Ongolmo, Lemolemo, Aucaipía, Camiomangue, Elicura, Mareguano, Cayocupil, Lincoyan, Lepomande, Chilcano, Leucotón y Mareande, este último había sido vital en el triunfo de la batalla de Tucapel en donde se le dio muerte a Valdivia gracias a la aniquilación de las fuerzas de Bobadilla frente a las de Mareande.

Todos con fuertes petos, ferradas mazas, hachas aceradas, armas arrojadizas y enastadas. Se movieron cautelosamente hacia La Concepción, creyendo que el sigilo significaba la ventaja de la sorpresa, pero los españoles ya habían sido secretamente avisados. El capitán Juan Alvarado, aprovechando la oscuridad de la noche, envía a nueve soldados para que le informe sobre la disposición del ejército de Lautaro, cantidad, lugar que ocupan y plan de batalla de los araucanos.

Con estos datos, Alvarado refuerza sus puntos débiles. Dos estrategias se enfrentan: Lautaro escoge la hora del mediodía como la más propicia para atacar con audacia, desdén y confianza. Alvarado en cambio elige salir fuera del Fuerte de La Concepción para oponérsele, colocando en primer término una hilera de arcabuces, seguida de otra de picas, flanqueadas por los caballos.

Ante la potencia de la maza que blanden los Araucanos de nada valen las corazas ni la malla, ni las celadas. La victoria se inclina a favor de Lautaro. Alvarado ha de retirarse de nuevo a Santiago perseguido por el ejército del cacique Rengo, quien los sigue osadamente

Lautaro retoma su marcha hacia Santiago. Sus quinientos hombres son amigos de infancia, hombres de trabajo duro, perversos, decididos a cualquier maldad, determinados, hambrientos de presa y ganancias codiciosos.

Con estos hombres marcha Lautaro hasta el Maule, continúan la marcha destruyendo cada pueblo y aldea que se les cruza en su camino, los indígenas de los pueblos destrozados huyen de la zona central, huyen hacia Santiago, llevando la nueva del avance de Lautaro.

En el Fuerte de Lota mientras tanto, a excepción del coronel y su hermano Alonso, estaban ya dentro del Fuerte. El coronel hacía tiempo que había determinado servirse de una pequeña choza fortificada como antesala de los portones del Fuerte. como de un puesto avanzado, en el caso que tuvieran que resistir un sitio de los Araucanos que, por razones de relativa amistad con algunos caciques de Lautaro, hasta la fecha no había sido atacado. Así pues, al parapetarse con Alonso, Baltasar y un soldado llamado Alfonso Álvarez en aquel pequeño fortín, los cuatro tiradores excelentes, el coronel pensó que al mismo tiempo que protegería su propiedad prestaría una valiosa ayuda a los del Fuerte.

A primera hora de la mañana había llegado un barco desde La Concepción, que se dirigía al Fuerte de La Imperial con municiones de cañón, pero dado que La Imperial había sido abandonada de nada le serviría al viejo barco continuar su travesía. Su tripulación compuesta por cuarenta hombres de Alvarado había pedido ser admitidos en el Fuerte. Felipe, que había sido designado por el coronel Del Campo en ausencia o muerte de él, Juan o Mendoza, recibió al capitán del barco que le decían Juan José, quien le refirió que, viéndose duramente hostilizado por los Araucanos en el Fuerte de La Concepción, no se atrevieron a continuar el viaje y decidía pedir protección en el Fuerte de Lota, ofreciéndose él y sus hombres voluntariamente para coayudar en su defensa Felipe aceptó de muy buena sus servicios y les destinó sitio inmediatamente.

Contados todos, la fuerza de la barraca no excedía de ciento cincuenta y dos personas, incluyendo entre ellos a las mujeres y chicos capaces de manejar una espada, hacha o lanza. Todos los preparativos estaban hechos y ya sólo esperaban silenciosos la aparición del enemigo. Los niños fueron colocados en un lugar seguro, al abrigo de las lanzas, y permanecían todos apiñados, asustados y quietos. Mujeres temerosas, pero con semblante resuelto, pasaban de un lado a otro por toda la barraca, llevando cubos de agua y cestos de víveres de todas clases, o vendas, lino y material de enfermería, mientras los hombres, con

rostro severo, vigilaban estrechamente por las aspilleras la llegada del enemigo.

El horrisono grito de guerra de los Araucanos no se hizo esperar mucho, ya que antes del mediodía resonó por los aires desde lo profundo del bosque al tiempo que centenares de Araucanos aparecían tumultuosamente. Las hermosas arboledas y arbustos pronto se convirtieron en matorrales turbulentos y polvorosos al paso de los guerreros montados que hostigaban a sus caballos a través del bosque, mientras los de a pie improvisaban balsas sobre las cuales colocaban armas y nadaban empujándolas hacia el barco del recién llegado capitán Juan José, aullando ferozmente y sosteniendo las lanzas en lo alto. Un grupo de soldados españoles desertores seguían a los Araucanos; y en menos de quince minutos estaban todos formados y se situaron en el promontorio del bosque del lado norte que da vista al mar, a trescientos escasos metros del Fuerte. Se veía que no tenían ninguna prisa en empezar el ataque y, especialmente los Araucanos, parecían divertirse con la calma que precedía a la terrible tempestad, ya que iban de aquí para allá a la vista de la guarnición, o se reunían en grupos chillando con alegría desbordante, mostrando sus feroces pinturas de guerra y sus escalofriantes embrutecidas armas, profiriendo de vez en cuando el peculiar aullido de los Araucanos, mientras sus adornos y sus largas cabelleras eran empujadas por la brisa marina del mediodía. Los desertores se habían

colocado a un lado, fuera del alcance de los arcabuces del fortín del coronel del Campo, y sus pintorescas vestimentas mapuches mezcladas con las mallas españolas y sus brillantes puntas de lanzas y espadas ofrecían un espectáculo completamente nuevo para muchos de los hombres del Fuerte.

—¡Ah! ¡Los del Fuerte! —gritó con voz autoritaria Caupolicán que acababa de llegar cerca de la empalizada del Fuerte, pero alejando del fortín mortífero del coronel, montando su gran caballo blanco.

—¿Qué pasa, jefe? —contestó desde dentro Juan Del Campo en mapudungun.

—Pedimos vuestra rendición incondicional.

—¡Eso nunca! —replicó Juan.

—Tomen más tiempo para pensarlo; ya ven que disponemos de fuerzas suficientes para tomar el Fuerte en menos de una hora.

—¡Eso se verá! —gritó una voz desde una aspillera. El cacique se volvió y durante una hora Araucanos y españoles desertores permanecieron echados sobre la hierba a la sombra de los árboles o bien deambulando de un lado a otro, lanzando de vez en cuando el horrísono grito de guerra. Al cabo de aquel plazo, tres jinetes avanzaron hasta la empalizada. El primero, Caupolicán, iba vestido con un pantalón español y sobre sus hombros una capa color grana; el segundo jinete era Catrillanca, el mismo, el asesino de Rodrigo, cuyo tronco aparecía desnudo y horriblemente pintarrajeado montaba un hermoso caballo café.

El tercer jinete, apellidado Mújica llevaba un manto sobre su dorso y el cintillo que le ataba su larga cabellera y a pesar de que se vestía como un guerrero araucano, a la distancia sus rasgos se notaban netamente europeos.

—¡Rendiros, no vale la pena pelear! —Gritó nuevamente la voz ronca y arrogante de Caupolicán.

—¡Nunca! —gritó Juan, ¡ya podéis volver con vuestras mujeres!

—Yo soy Caupolicán, “apo” de mi pueblo, Si os rendís, yo os prometo la mejor protección que ni el mismísimo rey de España os podría dar.

—¡Al infierno contigo y con el rey! ¡tus palabras no valen nada, te conozco y eres un carnicero maldito salvaje —gritó Juan —,

Ya podéis volveros y decirles a esos traidores que ni con ellos han de conseguir nuestra rendición.

—Si no os entregáis inmediatamente, el Fuerte será incendiado —continuó Caupolicán—, vuestros hombres y niños degollados y vuestras mujeres entregadas a mis hombres.

—¡No tomarás ningún hombre, ni ninguna mujer ni ningún niño vivo! —replicó Juan. Nos acordamos perfectamente de lo que hicisteis en el Fuerte La Concepción, y no vamos a entregarnos a ti para que nos despedaces.

—Debo advertiros —continuó Caupolicán— que hemos capturado y matado al mensajero que mandasteis a pedir refuerzos; debéis, pues, abandonar toda esperanza de socorro. Vuestra sentencia está echada.

—¡Mientes, canalla! —interrumpió Juan.

En el momento en que Caupolicán y el jinete europeo desertor se volvieron a Catrillanca para parlamentar, de una de las aspilleras de la barraca salió un fogonazo seguido de una detonación. Catrillanca se llevó fieramente las manos al pecho y cayó sobre el cuello de su caballo; hizo sobrehumanos esfuerzos para sostenerse sentado y, finalmente, se desplomó al suelo; trató por un momento de incorporarse nuevamente, pero cayó de espaldas y quedó muerto. Treinta metros no fueron obstáculo para el arma mortal de Felipe, y Catrillanca fue la primera víctima de la venganza; detalle muy característico de Felipe, ya que hubiera muy bien podido disparar contra Caupolicán o contra el desertor español.

Los dos jinetes volvieron grupas y se alejaron rápidamente de la línea de tiro del Fuerte, dejando el cuerpo de su compañero en el sitio en que cayera, mientras el caballo, asustado, relinchaba y desaparecía al galope a través del bosque vecino. El conocido grito de Felipe, que sonara inmediatamente después del disparo, excitó frenéticamente a los Araucanos, los cuales se lanzaron en vertiginosa carrera contra el Fuerte descargando sus lanzas y aullando espantosamente. Una espesa nube de polvo envolvió momentáneamente a aquella bandada de demonios, el grupo más numeroso de los cuales se precipitó contra la potente puerta de la empalizada atacándola con sus machetes y con un grueso tronco que empleaban a manera de ariete.

Pero la puerta resistió la fiera acometida de los Araucanos, y el fuego efectivo de los arcabuceros que sin cesar vomitaban las aspilleras de la barraca pronto obligó a los atacantes que quedaron con vida a refugiarse detrás de los árboles.

En los primeros momentos, los españoles desertores se arrojaron con ímpetu al ataque, tratando de escalar asimismo la empalizada, chillando sarcásticamente al pequeño cañón que había sido montado en la parte superior de la barraca, creyendo, sin duda, que se trataba de un cañón mudo, ya que sabían que durante el último sitio al Fuerte de Penco no contaba más que con un cañón de madera, naturalmente inservible.

Chillaron y se mofaron de aquella pieza desafiando a la guarnición a que le disparara. El capitán Mendoza, que era el encargado del cañón, esperó la ocasión oportuna de que los desertores estuvieran lo más agrupados posibles tratando de asaltar nuevamente la puerta de la empalizada y, apuntando el pequeño cañón al grueso de las huestes enemigas, lo disparó con tal acierto que sembró la muerte y el pánico entre los burlones asaltantes.

—¡Atrás...atrás! —se oyó gritar al capitán Mendoza.
¡Ya veis que no hay madera de ninguna clase en ese cañón!

Y todos los sitiadores se retiraron prudentemente para una tregua, durante la cual se vió a los Araucanos abordando en sus balsas el barco de Jian José, desde donde descargaban las balas de

cañón para transportarlas a la cima del promontorio que dominaba el Fuerte. En sus sencillos cerebros habían concebido una feliz idea. Se consiguieron un gran tronco de un diámetro de unos treinta centímetros aproximadamente; lo partieron a lo largo por la mitad y, con la ayuda de sus hachas, lo vaciaron completamente, después de lo cual unieron de nuevo las dos mitades y las ataron fuertemente con cadenas de hierro y barras que cogieron del almacén del herrero Baltasar, abandonado en el exterior del Fuerte. Llevaron el improvisado cañón hasta cerca de la empalizada, lo colocaron sobre los troncos y lo sujetaron con grandes piedras, llenándolo, acto seguido, con una enorme cantidad de pólvora y balas de arcabuz. Los desertores españoles, aunque muy interesados en todas aquellas maniobras, se retiraron a una distancia prudente, mientras numerosos guerreros mapuches rodeaban la nueva arma, de la que tan grandes resultados esperaban. Finalmente fue aplicada y encendida la mecha; brilló una llamarada rojiza y... ¡boom!

Una tremenda explosión estremeció toda la colina, mientras una horrible humareda envolvía aquellos contornos. Una vez disipado el humo se ofreció a los ojos de los espectadores un cuadro espantoso. Por todas partes aparecieron miembros ensangrentados de los Araucanos que se encontraban más cerca en el momento del estallido, mientras gran número de ellos se agitaban por el suelo en terribles convulsiones; y

las barras y cadenas con que lo ataran y las enormes piedras con que lo sujetaron fueron mortales proyectiles que se volvieron contra aquellos desgraciados artilleros.

Los Araucanos abandonaron de momento toda nueva tentativa y emprendieron su peculiar sistema de guerrear.

Todos ellos desaparecieron entre la hierba alta y el bosque, entre las chozas abandonadas detrás de los troncos, en las copas de los árboles, de tal modo que ni uno solo se dejaba ver, a pesar de que verdadera lluvia de flechas caía continuamente sobre la barraca.

Los desertores intentaron en un postrero esfuerzo abrir una brecha en la empalizada y, finalmente, en vista de que ofrecían un blanco excelente a los defensores del Fuerte, se retiraron definitivamente. Caupolicán había recibido un lanzazo en el muslo que le hacía sufrir mucho y estaba profundamente decepcionado por la formidable e inesperada defensa de aquella guarnición que él suponía presa fácil para sus guerreros. Una tercera parte de sus hombres habían muerto ante aquella muralla y los que le quedaban, heridos o sanos, se negaban a hacer frente a una muerte segura, ya que no estaban acostumbrados a luchar con un enemigo invisible. Caupolicán se vio obligado a tocar retirada con su ronco cuerno, en donde sobre el promontorio habló con sus capitanes.

En el interior del fuerte el silencio pesaba más que el estruendo de las horas previas. Los

hombres, exhaustos, masticaban un pedazo de pan duro o carne seca sin apenas gusto; las mujeres, con las manos ennegrecidas de pólvora y sangre, seguían moldeando plomo en silencio, como si el destino entero del *Butanmapu* se fraguara en aquellas pequeñas esferas ardientes. Los niños, ocultos bajo mantas, contenían el llanto, aprendiendo demasiado pronto la pedagogía del miedo.

Felipe, con la frente vendada y la mirada febril, recorría los muros como un espectro, animando a cada soldado con un ademán, un grito breve, un gesto de acero. Su herida lo quemaba, pero en su corazón ardía una llama mayor: la certeza de que no podían ceder, de que aquella empalizada de troncos era algo más que un reducto militar; era la delgada línea que separaba la vida de la aniquilación.

En la penumbra, Isabel seguía como un ángel implacable: ora vendando, ora reprendiendo, ora consolando, siempre firme, como si la fatiga, el hambre y el espanto fueran para ella insignificantes sombras. A su lado, Millaray — con sus ojos oscuros ardiendo de un fuego doble: el del odio a Caupolicán y el del amor secreto a Felipe— trabajaba en silencio, con los labios apretados como quien mastica lágrimas invisibles.

Juan, en cambio, era pura fiebre. Corría de aspillera en aspillera, su aullido resonaba como un tambor de guerra que mantenía despiertos los nervios de los suyos y tensaba los músculos de

los enemigos. Algunos murmuraban que estaba loco; otros, que era invulnerable porque lo protegían los espíritus del bosque. Lo cierto era que su mirada, encendida de un fulgor inhumano, daba a toda la sensación de que aquel hombre era capaz de enfrentarse solo a cien demonios.

El coronel Del Campo en el fortín, con su voz grave y fatigada, rompió la penumbra: —Baltasar, sube al desván. Mira bien. Esta noche no me fío ni del silencio ni de las estrellas.

El herrero, corpulento y hosco, asintió sin palabras. Tomó un mendrugo, lo masticó lentamente y trepó por la escalera crujiente hasta el desván. Desde allí, entre las rendijas del techo, divisaba el campo desolado, las brasas apagadas de las hogueras mapuches, el mar al fondo con su resplandor espectral. El viento movía las ramas de un árbol, aún manchado de la sangre del tirador caído. El silencio era tan profundo que cada crujido de madera parecía anunciar un desastre.

Y entonces, en ese silencio, Baltasar creyó escuchar algo distinto al murmullo del bosque: un roce sordo, como si algo siniestro se arrastrara contra la arena; después, el eco apagado de pasos que se multiplicaban en la oscuridad. Se inclinó hacia adelante, aguzó la vista, y lo que vio hizo que la sangre se le helara en las venas: sombras innumerables deslizándose, avanzando como espectros, hombres que, en silencio absoluto, se acercaban por la ribera, buscando rodear el fuerte por la espalda.

El herrero tragó saliva, sintió que el corazón le golpeaba como un martillo dentro del pecho. Y bajó de dos saltos, jadeante, para dar la alarma. Durante toda aquella tarde, Alonso había estado cargando y disparando sus arcabuces en el fortín, con feroz tenacidad, hasta reventar uno y dejar inservible otro. Los demás hombres no dejaban también de ser buenos tiradores, pero era indudable que lo que había hecho invulnerable el Fuerte, era la certera puntería de Alonso. Este se servía de unos arcabuces de largo cañón, extremadamente pesados, los cuales, en manos de un hombre tan fuerte como él para resistir el coletazo del disparo, hacían las veces de un verdadero cañón. Los Araucanos aprendieron muy pronto a respetar la línea de tiro de aquellas armas, y dejaron un amplio espacio alrededor del fortín. Sin embargo, ahora que todo permanecía envuelto en aquella semioscuridad, la ventaja estaba de parte de los Araucanos, y el coronel miró con semblante intranquilo el rostro sombrío de su hermano.

—¿Crees tú que podrán sostenerse los del Fuerte? —preguntó con voz ronca. El coronel era un hombre intrépido; pero en aquel terrible momento pensó en su mujer y en sus hermanos.

—No sé —contestó Alonso después de un momento de silencio—, He visto la enorme figura de aquel jefe araucano que se llama Caupolicán y... ¡te aseguro que lleva un buen nombre! ¡Es un monstruo! Han escogido un buen toqui esta vez.

—Pues ya hemos visto que el Fuerte resiste sorprendentemente los feroces ataques combinados de ese canalla: de tal modo, que los Araucanos están desesperados: ¡Se lanzan como locos al asalto, despreciando en absoluto sus propias vidas! Afuera está cubierto de Araucanos muertos.

—Si no nos llega algún auxilio dentro de veinticuatro horas, no escapará con vida ni un sólo hombre. ¡Ni Juan sería capaz de abrirse paso a través de esas líneas! Ahora, si consiguiéramos mantenerlos alejados durante un día más, es probable que se cansen. Los desertores ya están medios descontados. No están acostumbrados a esta clase de guerra. ¡Claro, si no pueden ni llegar a disparar!—¡Bien; ahora cada uno a su sitio! —Exclamó el coronel Del Campo. Y, sobre todo, pensad en nuestras mujeres y familiares que están en el Fuerte.

Pasó un largo rato, que pareció un siglo a los españoles, sin que se oyera ruido alguno, ni diera señal de su existencia el enemigo. La neblina, en tanto, había cubierto de nuevo la luna, permitiendo tan sólo pasar una tenue claridad que iluminaba débilmente el Fuerte. Poco a poco fueron condensándose las nubes otra vez hasta oscurecer de la manera más completa el cielo. Mientras tanto seguían reinando la calma y el silencio más absoluto.

—¿Qué es eso? —susurró de pronto el coronel Del Campo.

—Me parece que ha sido un silbido de Baltasar —
contestó Alonso —Te creo que haríamos mejor
yendo todos arriba.

Y acto seguido subieron todos hasta el segundo
piso del fortín mediante una escalera de mano.
Aquella parte del fortín estaba oscura como la
boca de un lobo y, por lo tanto, empezaron todos
a andar a gatas por entre los montones de pieles y
cueros almacenados allí, sin mirar adónde iban.
Cuando llegaron al lado de una de las pequeñas
ventanas, descubrieron al viejo Baltasar.

—¿Qué ocurre, Baltasar? —preguntó
quedadamente Alonso.

—¡Mire, ¡Mire, coronel Del Campo! —señaló el
viejo indígena.

El coronel alargó la cabeza al lado de la de
Alonso y los tres hombres esforzaron la vista
tratando de penetrar aquellas profundas tinieblas.

—¿Ves algo, Alonso? —preguntó el coronel a su
hermano.

—No, espera que la luna claree por entre aquellas
nubes.

Hacía poco que se había levantado aire y ahora
las nubes discurrían rápidas por el cielo,
asomando la luna, de vez en cuando, por alguna
rendija e iluminando por unos instantes el campo
de batalla.

—¡Ahora, mire coronel, allí! —exclamó el sirviente.

—Pues no veo nada. ¿Ves tu algo, Alonso?

—No estoy seguro aún; veo algo...pero no sé si es
un leño o no....No sé.

En aquel instante distinguieron perfectamente una chispa rápida y débil como una luciérnaga y Alonso masculló un juramento.

—¡Maldita sea...! ¡Ya me temía yo que toda esa calma significaba algo! El extremo del bosque, se vislumbra lleno de Araucanos arrastrándose y llevando flechas encendidas debajo del cuerpo para que no podamos ver la luz. Pero... ¡esperen; ya verán si se divierten esta vez!

—¡Yo los veo, coronel Del Campo! —dijo Baltasar.

—¡Chist... a callarse ahora! Replicó el coronel.

Esperaron todos con los arcabuces amartillados, y en momento en que se distinguió otra chispa, esta vez más cerca del fortín, el disparo del arcabuz de Alonso retumbó por el bosque despertando los ecos durmientes, al tiempo que se percibía un grito de dolor. Como movidos por un resorte y como si brotaran de la tierra, una serie de bultos oscuros se incorporaron dejando al descubierto las flechas encendidas debajo de sus cuerpos; y unos instantes después podía distinguirse en el silencio de la noche el peculiar ruido de los arcos Araucanos al dispararse, al tiempo que se veían las flechas cruzar por los aires como cometas, arañando con sus arcos parabólicos de luz aquellas tinieblas, hasta caer a pocos metros del fortín, en donde quedaban chisporroteando clavadas en el suelo. El arcabuz de Alonso habló en aquel momento y uno de los fugitivos rodó por el suelo, mientras un coro de aullidos saludaba el último disparo.

Unos instantes después iniciaban la misma táctica pero no contra el fortín inexpugnable sino contra el Fuerte, hacia el cual dirigían sus flechas encendidas; y aunque algunas de ellas apenas llegaron hasta los portones, no pudieron causar ningún daño. El coronel, había tenido siempre cuidado de que la hierba al interior y alrededor del Fuerte no creciera; y he aquí que ahora se valoraba bien las consecuencias de aquella prudente medida, ya que los mapuches que probaron de acercarse al Fuerte arrastrándose eran rápidamente descubiertos en aquel suelo limpio.

Al ver que les fallaba aquella intentona, los Araucanos se retiraron con el fin de tramar otro complot para incendiar el Fuerte.

—¡Fijense allí! —exclamó repentinamente Alonso.

Allá lejos, en el fondo del camino, a unos cincuenta metros del Fuerte, acababa de aparecer un punto luminoso. Al principio permaneció quieto durante unos momentos; después inició un movimiento desigual, saltando de un lado a otro y de arriba abajo como un fuego fatuo.

—¡Demonios! —exclamó inquieto el coronel, Alonso, eso es muy raro...y se está volviendo más grande

Evidentemente, aquella chispa o lo que fuera iba creciendo y acercándose. En el primer momento se le antojó al coronel Del Campo que podía ser un hombre a caballo llevando alguna antorcha encendida; pero si eso era cierto, ¿cómo era que no se oía el ruido de los cascos? No podía, pues,

tratarse de ningún caballo, ya que por el duro suelo de aquel promontorio era imposible galopar sin hacer ruido. Inquietos y como fascinados por aquel nuevo misterio que parecía presagiarles alguna desgracia, los observadores esperaron el desenlace de aquel enigma con aquella paciencia sólo conocida por los que están acostumbrados al peligro; convencidos, sin embargo, que se trataba de una nueva estratagema de los Araucanos para atacar el Fuerte.

La luz avanzaba hacia el Fuerte manteniéndose varios metros lejos del alcance máximo de los arcabuces del fortín. Con la rapidez de un presagio, quebrándose en zigzags nerviosos, como si danzara entre el aire y la sombra. Y entonces, detrás de aquella llamarada errante, surgió la figura de un joven mapuche. Corría con la ligereza de un relámpago, impulsado por un ímpetu casi sobrehumano. Al llegar a pocos pasos de la empalizada del Fuerte, levantó su arco y lanzó, con un gesto tan temerario como bello, el dardo incendiado. La flecha, convertida en serpiente de fuego, cruzó el aire y se clavó en el techo de una choza, mientras el muchacho desaparecía en la penumbra, indemne al fuego cruzado de los arcabuces.

El estruendo de vítores que siguió fue el grito de una raza entera: aquel instante había transformado al joven en guerrero. Cada araucano habría dado la vida por él, por esa gloria breve y ardiente. La flecha humeaba, prendida por la brisa, y pronto el tejado crujió en llamas.

—Ese diablo volverá —murmuró Alonso entre dientes.

Y no se equivocaba. La chispa volvió a brillar en el horizonte del camino, danzando con la misma osadía. El mismo muchacho reaparecía, embrujado por la fiebre del honor, corriendo como si llevara alas en los pies. El resplandor del incendio lo enmarcaba como una visión heroica, y su segundo dardo, chisporroteante, voló hasta clavarse en otra techumbre. Pero esta vez un fogonazo de arcabuz lo alcanzó en pleno pecho, arrancándole un alarido demoníaco que heló la sangre de los sitiados.

—¡Un cumplido de Juan! —exclamó Alonso con amarga satisfacción—. Lástima que haya sido demasiado tarde... Miren esa condenada flecha ardiendo: si no la apagan, el Fuerte estará perdido.

La llamarada iluminaba la noche como si fuese el mismo infierno. La empalizada temblaba bajo el fuego, y las figuras pintadas de los mapuches giraban y saltaban enloquecidas alrededor de la hoguera, sus cuerpos desnudos reluciendo en el resplandor carmesí. Gritos, alaridos, cantos salvajes: un aquelarre de furia. El humo negro ascendía como columnas de maldición, mientras hasta el mar parecía teñirse de púrpura bajo aquella luz siniestra.

Los desertores españoles, tendidos aparte, no se unían a aquella orgía de sangre. El deshonor los mantenía mudos, abatidos en la hierba, incapaces de reconocerse ni en uno ni en otro bando.

—¿Por qué no disparan el cañón del Fuerte? —
bramó el coronel Del Campo, sudoroso de
impaciencia.

—Tal vez esté roto... o tal vez se acabaron las
municiones —respondió Alonso.

El fuego devoraba la techumbre de la barraca en
el centro del Fuerte. Entonces, de pronto, una
figura apareció sobre el tejado. Se arrastraba con
un recipiente de agua en la mano, como un
espectro desafiando la muerte. Flechas lo
rodearon en una lluvia o, mejor dicho, en una
danza de dardos de la muerte, pero el hombre no
se detuvo: alcanzó la flecha ardiente, la pisoteó y
arrojó el agua sobre los maderos. Un instante
después, la silueta quedó recortada contra el
resplandor, arrogante, temeraria, y luego
desapareció en la penumbra.

—¡Es Mendoza! —gritó el coronel Del Campo
con voz exaltada—. ¡Nadie más que él corre con
esa ligereza! ¡Qué heroísmo!

—Ha salvado la barraca —replicó Alonso,
jadeante—. Y con ella, a todos nosotros.

Los mapuches, frustrados, retrocedían. El Fuerte
resistía, todavía. Y el resplandor de la barraca en
llamas, paradójicamente, anunciaba que el
amanecer estaba ya muy cerca.

Capítulo XIII
EL SITIO DEL FUERTE DE LOTA

El disco rojizo del astro rey apareció en el oriente, y sus tibios rayos, asomando sobre las lejanas montañas, besaban las copas de los árboles cubriéndolos de oro brillante, mientras las tinieblas de la noche se alejaban del Fuerte para esconderse en el occidente lejano. Aquellos tibios rayos penetraban por las rendijas de las aspilleras del Fuerte y proyectaban violentas sombras en las paredes. Aquella luz dulce y tibia fue poco a poco inundando el valle cercano, tiñendo los esteros, bañando las hojas, la hierba, las piedras, con aquel imponente color cadmio que cubría las escaleras, las bancas, el suelo a través de las aspilleras de la barraca.

Aquellos tiempos, según cuentan las historias, ponían a prueba el temple de los hombres, y si eso era así, calcúlese lo que debía hacer con las almas de aquellas grandes heroínas que con ellos estaban. Aquellas mujeres habían pasado cerca de cuarenta y ocho horas ayudando a cargar arcabuces sin un minuto de descanso; y a pesar de que casi sucumbían de agotamiento; a pesar de que aquellos espacios estaban llenos de un humo sofocante y de un mareante hedor a madera quemada y a pólvora, y de que un lúgubre silencio se cernía alrededor de los cadáveres, jamás asomó en ellas el pensamiento de rendirse. La muerte entre aquellas paredes, sería cosa

dulce, comparada con lo que sería caer en manos de los Araucanos.

Cuando salió el sol, Felipe, con el pecho desnudo, y una sombría fiera pintada en el rostro, entró en una torrecilla que en el primer nivel tenía un cuarto pequeño, y en el segundo nivel aspilleras mirando al mar y al bosque, en el primero habían encontrado la muerte cinco de los defensores del Fuerte. Cuando Felipe subió hacia las aspilleras, dos hombres flacos, ennegrecidos por la pólvora, le miraron con ojos feroces, sin moverse de sus sitios, de rodillas al lado de las aspilleras. En un rincón yacía muerto un hombre

—¡Ha muerto Sáez! —exclamó Felipe —un joven soldado de la guarnición.

¡Ya van quince! Hay que mantenerse firmes y, sobre todo, no exponerse descuidadamente.

Felipe continuó su ronda de inspección por las torrecillas y luego continuó a la barraca, y al doblar la esquina, encontró un muchacho que se arrastraba penosamente.

—¡Eh! ¿Quién es ese?... ¡Diablos si es Luis Mora! —exclamó Felipe agarrando al muchacho y llevándolo al interior de la barraca.

Cuando lo tuvo a la luz, Felipe vio que el chico estaba tan débil que no podía ni tenerse en pie. Estaba cubierto por todas partes de sangre que manaba de una herida en el pecho, un agujero que se veía claramente en su camisa y de un flechazo que recibiera en un brazo. La sombra de la muerte se extendía ya sobre su pálida cara, pero en sus

ojos grises brillaba aquel espíritu indómito, aquella luz que sólo la muerte podría apagar.

Isabel, haz lo que puedas por este valiente muchacho. Vengan, Suárez y los otros debemos ir con Juan, —ordenó Felipe.

Isabel se arrodilló apresuradamente al lado del muchacho que se desmayaba, lavó la sangre que manaba de su pecho y vio que la punta de flecha se había clavado en el hueso. Desabrochó la camisa, encima de la tetilla derecha, una ancha herida que la causara un pedazo de metralla de bala de arcabuz, y por cuya boca sangrienta salía un torrente de sangre oscura a cada latido del corazón. Isabel volvió por un segundo su blanca cara; después, suspirando profundamente, introdujo un pedazo de trapo en la herida, la apretó fuertemente.

—No malgaste el tiempo conmigo—murmuró. ¡Todo está terminado para mí! Yo no... quería abandonar mi puesto...pero esperé...y esperé...y como no venía nadie...y los Araucanos iban a entrar.

—¡Oh, Madre ¡- ¡Madre!... —sólo pudo murmurar con los ojos preñados de lágrimas.

Isabel lo abrazó e intentó rezar.

El pobre muchacho siguió todavía hablando; después su voz fue haciéndose cada vez más débil hasta que se extinguió del todo. La mano que tan fuertemente se había asido a la de Isabel, fue perdiendo su presión y sus ojos se cerraron. Isabel pensó que había muerto, pero todavía respiraba. De repente sus ojos se abrieron nuevamente, la

expresión de sufrimiento había desaparecido para ceder su lugar a un hermoso y radiante rostro. Una dulce sonrisa transfiguró su rostro mientras sus ojos se fijaban tiernamente en los de ella; y con un profundo suspiro exhaló su alma valiente. Morán, inseparable compañero de aquel muchacho miró una vez más la pálida cara de su amigo y luego se fue corriendo, detrás de Felipe y Suárez. Cuando los tres hombres salieron de la barraca quedando la empalizada del Sur a su vista, estaban a unos quince metros de Juan, y oyeron el golpe pesado de un tronco empujado como un ariete contra la muralla. Un instante después, el empuje de un segundo golpe, se rompía por su parte baja uno de los troncos de ancho diámetro, dejando un espacio justo y suficiente para que pudiera pasar un hombre a través de él. Los tres hombres se lanzaron en auxilio de Juan, quien se había situado a un lado del agujero con el hacha levantada. En aquel momento sonó un disparo de arcabuz a través del bajo agujero de la empalizada, y Morán se tambaleó y cayó exánime, en vista de lo cual, Felipe y Suárez corrieron hacia la muralla para ponerse fuera del alcance de los disparos a través del aquel maldito agujero.

Cuando estaban a metros de Juan, vieron aparecer por la brecha la negruzca cabeza de un atlético araucano, el cual, tras duros esfuerzos consiguió arrastrar su cuerpo hasta el interior; y en el momento en que se disponía a incorporarse, el hacha de Juan caía sobre su cráneo y lo reventaba

como un cascarón de huevo, rodando el araucano sin exhalar el más leve gemido. Mientras tanto, un segundo araucano se había introducido por la brecha, y al descubrir a Juan, hizo un rápido movimiento para esquivar el hachazo que a la cabeza le dirigiera, pero sin poder evitar que el arma mortal cayera en medio de su espalda, hundiéndole en aquella mole de carne, al tiempo que un espantoso alarido se escapaba de su contraída boca mientras el horrisono gluglú del torrente de sangre que de la herida manaba llegaba a los oídos de Felipe y de Suárez. Con extraordinaria rapidez, Juan arrancó el hacha del cuerpo de su víctima, y haciéndola voltear por encima de su cabeza, la descargó en el cráneo del tercer araucano que en aquel momento acababa de entrar, produciendo el chasquido del mazo del matarife al descargarse sobre el testuz de la res, mientras que la maza del araucano caía pesadamente y su hacha volaba por los aires. Otros Araucanos que sucesivamente trataron de introducirse a través de la muralla tuvieron la misma suerte que los primeros, hasta que dos de ellos se esforzaron para pasar a la vez, y la terrible hacha de Juan, en un abrir y cerrar de ojos, los despachó con tal rapidez que sus dos cuerpos quedaron obstruyendo la brecha

Felipe y Suárez permanecían clavados en el mismo sitio. En aquellos momentos, Juan, radiante en el pleno de su horrible gloria, ofrecía un espectáculo capaz de helar la sangre del hombre más arrojado. Juan había arrojado a un

lado su camisa y ahora aparecía cubierto de sangre. Los férreos músculos de sus anchas espaldas y de sus brazos se hinchaban y parecían hervir debajo de su piel morena, y a cada golpe de su hacha terrible se escapaba de su garganta un horrisono alarido, jamás oído por los hombres del Fuerte: el loco grito de venganza del gallardo español, quien, en el delirio de fiebre, había olvidado que estaba defendiendo el Fuerte y ya sólo le llevaba su rabioso afán de exterminio.

Felipe oyó un creciente clamoreo en otro lado de la empalizada y conoció que centenares de Araucanos se dirigían furiosamente hacia aquel punto; había, pues, que hacer algo inmediatamente. Miró a su alrededor y sus ojos se detuvieron en un montón de troncos que habían sido llevados días atrás al interior del Fuerte. Felipe agarro del brazo a Suárez, y al tiempo que le comunicaba rápidamente su plan, le empujó hacia ellos. Juntos llevaron un tronco hacia la muralla y lo dejaron caer junto al agujero, e inmediatamente después, Juan se colocaba fieramente sobre él y descargaba un terrible hachazo en la cabeza de un araucano que trataba de introducir su maza a través del agujero. Y mientras Juan mantenía a raya a los Araucanos, Felipe y Suárez fueron amontonando los troncos unos encima de otros hasta dejar la brecha completamente obturada, con lo cual quedaba fortificado el punto más débil del Fuerte, mientras los pocos soldados que quedaban en el Fuerte y el coronel Del Campo y sus hombres en el fortín,

reventaban sus arcabuces con un fuego tan intenso contra los atacantes, que los obligaba a replegarse y retroceder fuera de la línea de fuego. Mientras Juan se lavaba la sangre que cubría su cuerpo desde la cintura hasta la cabeza, Felipe y Suárez corrieron hasta donde había caído Morán, convencidos de que iban a encontrarlo muerto; pero con inmensa alegría vieron que había llegado a gatas hasta el borde de una muralla en donde se había sentado, y ahora estaba vendándose tranquilamente la herida después de habérsela lavado.

—No ha sido gran cosa —exclamó; sólo un arañazo. Pero no sé por qué me ha hecho caer. En aquel momento se juntó a ellos Juan y todos juntos regresaron a la barraca. Los flechazos desde el promontorio del bosque habían cesado. En la puerta de la barraca encontraron a Mendoza, que se dirigía hacia ellos.

—Felipe, los Araucanos se preparan para un esfuerzo más persistente y más determinado que los que hasta ahora han intentado —dijo Mendoza.

—¿Cómo?

—Sí; en el bote de Juan José han encontrado un saco con amarras, han buscado madera en la choza del herrero y están construyendo escaleras portátiles. Si emprenden el ataque todos a la vez y consiguen colocar las escaleras contra la empalizada, en menos de diez minutos tendremos el Fuerte lleno de Araucanos. Lo único que puede hacerles frente es el cañón; debemos, pues, emplearlo en seguida.

—Suárez, vaya y traiga dos sacos de pólvora —ordenó Felipe.

—Ahora los flechazos parecen venir todos del lado del Sur —dijo Felipe, y creo que no es tan fuerte como antes.

—Sí; pero eso es porque todos los Araucanos están del lado de la playa ocupados en los planes que le he dicho —contestó Mendoza.

—¿Cómo es que tarda tanto Suárez? —preguntó Felipe, después de esperar unos momentos en la puerta de la barraca. No podemos perder más tiempo; hay que repartir un saco de pólvora entre los hombres...

En aquel momento apareció Suárez respirando pesadamente como si se encontrara bajo la influencia de alguna extraordinaria emoción, con la cara mortalmente pálida.

—¡No encuentro la pólvora! —exclamó. He buscado por todos los rincones del Fuerte y no hay nada de pólvora aquí. ¡Se ha agotado! ¡Maldición!

Un breve silencio siguió a las palabras de Suárez. Todos los de la barraca oyeron perfectamente lo que acababa de decir y nadie se movió. Todos parecían esperar que alguien hablara. Finalmente, con énfasis indescriptible, Felipe exclamó:

—¿Qué no la encuentra? ¡Usted no debe de haber buscado bien! ¡Si el mismo Francisco me dijo que había tres sacos en el almacén! Voy yo mismo a buscarla.

Suárez no contestó y se dejó caer en la banca con el corazón terriblemente encogido al ver la

catástrofe que se avecinaba.; y mientras permanecía sentado, esperando la confirmación de la horrible verdad que se cernía sobre aquellas gentes, sus ojos vagaban de un lado a otro por aquella barraca hasta que encontraron lo que deseaban. Una muchacha, arrodillada delante de un fuego de carbón, estaba avivando las ascuas con un fuelle; era Millaray. La palidez de su rostro indicaba una profunda fatiga; pero a pesar de su pelo desgreñado y de sus brazos ennegrecidos por el humo, su semblante aparecía tranquilo y resuelto. Isabel estaba arrodillada a su lado sosteniendo el molde para fundir balas, encima de un pedazo de madera; fundía plomo en un pequeño caldero al fuego. A continuación, el plomo fundido se vertía en moldes de hierro para balas. Una vez enfriadas, las balas las recortaba y quedaban listas para su uso. Este método en los fuertes de la frontera era eficaz y permitía producir munición en el mismo campo de batalla, garantizando un suministro constante en tiempos de conflicto. Millaray sacaba el cazo de entre los carbones ardientes, carbón que afloraba a tajo abierto en las faldas de los cerros de Lota y Colcura, y echaba el metal en el molde con mano firme y admirable precisión. Poco plomo, o demasiado, habría hecho imperfecta la bala que tan justa tenía que ser para aquella clase de armas de cañón liso como el arcabuz, y de metal tan blando. Después Isabel sumergía el molde en un cubo de agua, lo removía y golpeaba en el suelo; y una brillante bala de plomo salía rodando, para

ser inmediatamente recogida, frotada con un trapo engrasado y guardada en una jarra. Durante más de cuarenta horas seguidas habían estado aquellas mujeres en sus puestos, sin dormir, sin descansar y casi sin comer.

Felipe entró corriendo en la habitación; su rostro parecía al de un espectro; incluso sus labios eran blancos.

—¡En nombre de Dios, Mendoza! ¿Qué podemos hacer ahora? ¡¡La pólvora se ha acabado!! exclamó Felipe con terrible acento.

—¿Se acabó? —exclamaron varias voces.

—¿Se acabó? —repitió Mendoza como un eco.

¿Pero, cómo?...

—¡Dios sabe! En el sitio en que estaba hace unos días los sacos han sido robados.

—Quizá el coronel los cambió de sitio y los movió a otra parte o al fortín...Podemos buscar —dijo Mendoza.

—¡Es inútil, es inútil! Todos teníamos siempre mucho cuidado en no tocar la pólvora de allí por temor a un incendio.

—Aquellos intrusos traidores los robaron—dijo Juan con su voz tranquila.

—¿Y qué importa eso ahora? —gritó apasionadamente Felipe volviéndose a Juan, cuya voz serena parecía indiferente a la angustia de aquellos hombres. ¡La cuestión es que la pólvora ha desaparecido!

En el silencio sepulcral que siguió a aquellas palabras, los hombres palidecieron, mirándose unos a otros. No hacía falta hablar: sus ojos

decían lo que todos sabían. El destino de tantos fuertes en la frontera se cernía ahora sobre ellos. ¡Estaban perdidos! Y ninguno pensaba en sí mismo, sino en los inocentes mujeres que aguardaban tras los muros.

Un hombre puede morir sin temor, con gloria, luchando como fiera acorralada, con la espalda contra la muralla y el pecho abierto al acero enemigo. Hasta los adversarios más crueles honran al que cae así. Pero, ¿qué destino aguardaba a las mujeres? Ellas no podían empuñar arcabuces, solo aligerar las penas de los hombres y compartir su carga. Y cuando la causa estaba perdida, solo les quedaba abrazar la muerte antes que caer en manos del enemigo, porque bien sabían que sus cuerpos serían el botín más codiciado.

No era un secreto: en la frontera, veinte mujeres habían sido ya capturadas y humilladas en los campamentos araucanos, obligadas a servir descalzas, vestidas con harapos, a cuidar el ganado y abrir la tierra. Tras cada batalla, les arrojaban ante los ojos las cabezas de sus compatriotas muertos. Ocho años duraba a veces aquel cautiverio, hasta que, decenas de años más tarde, cuando ya se contaban doscientas cautivas, Alonso García Ramón intentó rescatarlas con canjes. Apenas veintinueve regresaron. La mayoría murió, se perdió... o rehusó volver, avergonzadas por los hijos mestizos que llevaban en brazos.

Con razón flaqueaban los hombres de Felipe Del Campo. Apenas quedaban cargas para sus arcabuces, y nada para el cañón. ¿Cómo resistir? Si estuvieran solos, aún podrían abrirse camino espada en mano; pero no, había mujeres dentro del fuerte.

—¡Juan!... ¿Qué haremos? ¡Por Dios, dime qué hacer! —rugió Felipe, la voz ronca, con los ojos encendidos—. Sin pólvora no podemos defendernos... ¡antes prefiero darles la muerte yo mismo a verlas caer en manos de esos salvajes!

—Manda a alguien por pólvora —respondió Juan con fría resolución.

—¿Lo crees posible? —aulló Felipe, iluminado de pronto por un destello de esperanza—. En el fortín de Francisco debe quedar aún bastante... ¿A quién enviaremos? ¡Un voluntario!

Tres hombres dieron un paso al frente.

—¡Antes de que avancen diez pasos, estarán atravesados de lanzas! —interrumpió Juan—. Yo mismo iría, pero no llegaría. Manda a un muchacho ágil como el rayo.

—No hay ninguna bastante fuerte para cargar un saco de pólvora —replicó Felipe.

Un silencio terrible cayó de nuevo sobre todos. Entonces, una voz clara y firme cortó el aire:

—¡Iré yo!

Era Millaray. Al oírla, las mujeres alzaron la cabeza y los hombres quedaron inmóviles, como si la hubiesen oído por primera vez. Felipe se volvió hacia ella, petrificado, mientras Juan la miraba con un fulgor de incredulidad y respeto.

—¡No, Millaray, no! —exclamó Felipe con furia y pavor.

—¡Déjame ir, Felipe, déjame ir! —rogaba Millaray, aferrada a su brazo. Su voz no temblaba, sus ojos ardían con una llama serena—. Sé que es casi imposible, pero prefiero morir en el intento que esperar aquí la llegada de la muerte.

—Felipe —intervino Juan con voz grave—, ella corre como una gacela; lo sabes bien. Y siendo mujer, acaso la dejen pasar.

Felipe temblaba. Dos lágrimas se deslizaron por su curtido rostro, humedeciendo las manos diminutas que lo estrechaban con ternura. Frente a él, Millaray parecía transfigurada: el cansancio se había borrado de su rostro, reemplazado por una luz interior, mezcla de resolución y esperanza.

—¡Déjame ir, Felipe! —insistía ella—. Hoy correré como nunca. Quizás Villagra ya esté cerca con refuerzos... y tú no puedes exponer más vidas. ¡Déjame ir! ¡Soy mapuche, no me lastimarán! ¡Es la única esperanza que tienen!

—Felipe —añadió Juan—, que el cielo la proteja: es nuestra última salvación.

—¡No, no la dejaré ir! —gritó Felipe, abrazándola con desesperación—. ¡Antes voy yo mismo!

—¡Hermano! —tronó Juan, clavando su mano en el pecho de Felipe—. Si la amas, no puedes dejarla a merced de lo que le harían al hallarla viva, aunque ella diga lo contrario. Si vuelve, habrá salvado al fuerte; si muere, al menos escapará del infierno.

Millaray los miró a ambos con dulzura y firmeza. –Lo sé. Los dos me salvarían si pudieran. Ahora solo pueden rogar por mi regreso. Estoy lista.

Un instante después, un grupo se desplazaba hacia los portones del Fuerte. Felipe levantó la barra de hierro, Mendoza empujaba la pesada hoja de hierro y madera, y Juan, con voz clara y apremiante, le daba a la joven las últimas instrucciones.

–Al salir –dijo Juan, mirando fijo a Millaray– recorrerás un trecho descubierto; corre, pero no demasiado. Guarda las fuerzas para el regreso. Dile a Francisco que vacíe un saco de pólvora en una manta; lo cargas en la espalda y vuelves sin mirar atrás. Millaray, a la vuelta, corre como si tu vida fuese viento. Escóndete cuando puedas... y ahora, vete.

Los goznes chirriaron con un lamento metálico y la enorme puerta se abrió. Millaray salió disparada, recta como saeta. Había cubierto la mitad del sendero cuando un clamor de sorpresa ensordecedora se alzó entre los araucanos.

–¡Kümengenüme! –aullaban con desprecio, sin disparar aún una flecha.

El grito se extendió por todo el frente del fuerte: centenares de ojos la habían descubierto, ligera y altiva, remontando la colina hacia el fortín del coronel Del Campo. Pero Millaray no se alteró. Fiel a las palabras de Juan, corría con serenidad, sin derrochar un aliento, como si la vastedad estuviese vacía de enemigos.

El coronel, desde el fortín, vio la figura que atravesaba el claro, reconoció el rostro y, sorprendido, bajó a toda prisa. Cuando Millaray cruzó el umbral, cayó en sus brazos jadeante.

—¡Millaray, por Dios! ¿Qué significa esto?

—¡No tenemos pólvora! —gritó ella con una urgencia que era fuego—. ¡Rápido! Vuelca un saco sobre una manta. ¡No hay un segundo que perder! Alonso no preguntó más. Con un hachazo abrió el saco, volcó sobre la tela el polvo negro, recogió las puntas y anudó con fuerza. Ató el bulto a la espalda de la joven.

—¡Valiente muchacha! —exclamó, conmovido—. ¡Corre como nunca hayas corrido!

Millaray partió de nuevo como flecha desatada. Apenas había avanzado unos pasos cuando un rugido salvaje se levantó en la espesura. Los araucanos comprendían al fin que habían sido burlados por una mujer. El bosque estalló en flechas y piedras que silbaron como abejas furiosas a su alrededor, mordiendo el polvo, rebotando contra la tierra.

La primera cuarta parte del camino quedó atrás. Ya en la cima del promontorio, descendía ligera, casi volando. Solo un tirador prodigioso habría podido alcanzarla. Los gritos se volvían cada vez más aterradores, pero sobre ellos resonaba, clara como una trompeta, la voz de Juan, lanzándole aliento y alas.

La mitad del trayecto. Un ardor punzante le atravesó el brazo, pero siguió sin mirar. Flechas surcaban el aire, zumbaban en torno a su cabeza,

abrían surcos en la tierra como granizo furioso. Tres cuartas partes del sendero: algo arrancó un mechón de su cabello, que voló como bandera oscura sobre la brisa nocturna.

Entonces la vio: la puerta del fuerte se entreabría. Allí estaban Juan y Felipe, esperándola con los brazos extendidos. Le faltaban apenas unos metros... ¡adelante! ¡adelante! Pero un velo rojo cubrió sus ojos, la sangre oscureció su visión. Corrió a ciegas, tropezó, cayó... y al instante sintió unos brazos fuertes que la recogían. Luego, el chirrido de la puerta, el estrépito de la barra cayendo en su sitio, y la oscuridad.

Juan subió con ella en brazos, más preciosa que el mismo oro. Un grito de júbilo sacudió la sala. Felipe, aturdido, volvió en sí y la buscó entre lágrimas. ¿Era aquel rostro moreno el de la mujer que amaba, o un espectro venido a despedirse? Entonces, milagrosamente, un rubor tiñó las mejillas de Millaray. Sus ojos se abrieron, profundos, radiantes, y miraron los de Felipe.

—¡Ay... cómo duele este golpe! —murmuró, con voz débil pero viva.

Un instante después reía y lloraba a la vez, como quien vuelve de las mismas fauces de la muerte. Felipe, sacudido por la revelación, empuñó un arcabuz y se lanzó a la espillera. Sus labios, en oración, murmuraban un solo nombre: Millaray.

No era tiempo de reposo. Los araucanos, frustrados, rugían y cargaban con furia renovada. Pero el fuego español, alimentado por la pólvora rescatada, los barrió sin compasión. Cada disparo

era justicia, cada bala un milagro de la joven que había ofrecido su vida.

El cañón tronó, desbandando al enemigo. El cañoncito giró de nuevo, y la metralla arrasó otra columna. La resistencia, que había estado a punto de quebrarse, renació con furia ardiente: hombres que habían flaqueado luchaban ahora con una fe desconocida.

Los sitiadores retrocedieron, paso a paso, hasta perderse entre sombras. Cuando la noche se cerró y la luna apareció pura sobre el valle, iluminando mar, bosque y murallas, el fuerte todavía resistía. Y en su corazón, junto al fuego de la pólvora, ardía la llama de una mujer que había salvado a todos.

Al amanecer, cuando apenas se insinuaba un resplandor pálido sobre los cerros, los araucanos lanzaron un ataque tibio, más gesto de costumbre que embestida real. Se les notaba exhaustos, desconfiados ya de la victoria. Poco después, se agruparon en pleno campo, frente al fuerte, como si debatieran entre sí la conveniencia de prolongar el asedio.

Entonces, desgarrando el silencio, retumbó sobre el valle el ronco y prolongado clamor del cull-cull, el cuerno del vigía indígena del fuerte que anunciaba la llegada de refuerzos. Su eco se extendió por el aire como un presagio de salvación. Apenas cesó el bramido metálico, araucanos y desertores, comprendiendo lo inevitable, iniciaron la retirada hacia el valle de Colcura y desaparecieron luego en la oscuridad

de los bosques de cuesta de Villagra, dejando tras de sí los cuerpos inertes de sus muertos.

No había pasado mucho tiempo cuando, por el camino desde el norte, apareció una columna de setenta jinetes. A la cabeza, el capitán Villagra, el rostro curtido y la mirada alerta; a su lado, el guía indígena Namoncura, el desterrado en el juego de la chueca, que había llevado hasta él la noticia del asedio. Al verse unos y otros, el júbilo fue incontenible: gritos, lágrimas, abrazos; un torrente de alivio que quebraba la tensión de días enteros.

Villagra había venido preparado para encontrar una vez más, cenizas, muros humeantes y cadáveres. En cambio, hallaba aún en pie al fuerte, defendido por un puñado de hombres demacrados pero invictos, que habían visto caer a la mitad de sus compañeros, y sin embargo habían resistido. Ese puñado, extenuado y ennegrecido por el humo, podía ahora enorgullecerse de haber repelido y derrotado nada menos que a las fuerzas conjuntas de Caupolicán y de los desertores españoles bajo el mando del traidor Mújica.

En los ojos del capitán brillaba una mezcla de asombro y respeto: aquellas ruinas vivientes no eran soldados comunes, sino hombres que habían probado el límite del valor humano.

Capítulo XIV
EL SILENCIO DESPUÉS DEL TRUENO

La paz, tan frágil como un cristal bajo el peso del tiempo, había vuelto al Fuerte de Lota. Con los días templados del otoño, los hombres y mujeres se entregaban de nuevo a las tareas humildes de la labranza, reparando lo que la guerra había derrumbado, alzando chozas donde antes hubo cenizas, confiando a la tierra la semilla de un futuro que apenas se atrevía a germinar. Nunca se había visto el Fuerte tan vivo, tan poblado de rostros nuevos que llegaban desde Santa Juana, Penco y Arauco, atraídos no solo por la seguridad de las murallas, sino por el ejemplo de aquellos que habían resistido contra todo pronóstico.

En las laderas verdes empezaron a levantarse viviendas, y pronto, entre el repicar de martillos y el crujir de los árboles abatidos, el paraje adquirió el aspecto de un villorrio que parecía brotar del mismo suelo. El eco de los hachazos no era ya un sonido de guerra, sino el compás sereno de la vida que renace.

El coronel Francisco del Campo, más viejo en cicatrices que en años, solía sentarse al umbral del Fuerte, con la mirada fija en el mar del Golfo de Arauco. Allí, donde antes solo reinaban la incertidumbre y el miedo, ahora se dejaba mecer por el rumor de las olas y el ir y venir de

los botes cargados de pesca y mercancías. En su rostro, marcado por la dureza de la frontera, asomaba al fin una sonrisa serena: había cumplido su juramento. El mismo lugar donde levantó con sus manos una choza miserable, rodeado de silencio y desolación, aunque no era Trapananda, era ahora el corazón de una aldea floreciente.

Aquel día, más que los tratados firmados o la paz alcanzada, era el amor lo que tejía la verdadera victoria. Felipe y Millaray, símbolos de dos mundos en lucha, caminaban tomados de la mano por los senderos de la colina. Sus palabras, torpes aún en la confesión, eran las de dos seres que, después de tanto dolor, se reconocían al fin en la mirada del otro. Un beso, apenas un instante, bastó para sellar la unión de aquello que tantas lanzas y espadas no pudieron quebrar. En ese abrazo estaba la reconciliación que siglos de guerra después, habrían de negar.

El bosque, testigo de batallas y emboscadas, parecía ahora un refugio sagrado. El chucao entonaba su canto áspero, las olas rompían con dulzura contra las rocas, y la brisa del otoño traía un perfume de esperanza. En aquel rincón perdido del mundo, la naturaleza parecía suspender su violencia para contemplar el milagro del amor humano.

Más allá, solitario, Juan —el guerrero endurecido por la intemperie de la guerra— se internaba en la espesura. Alzó la mano en un último saludo, como si despidiera no solo a sus

compañeros, sino a una vida entera de errancia. Su figura, perdiéndose entre los árboles, era la de todos aquellos que nunca encuentran reposo, los que cargan sobre sí el peso de lo inconcluso.

Al caer la tarde, la choza del coronel se llenó de voces: Isabel, Alonso, Felipe, Millaray, Mendoza, Baltasar, Petronila, todos reunidos, como si la familia de la frontera hubiera vuelto a nacer en medio del peligro superado. Y cuando el coronel Del Campo, con gesto firme, descargó su arcabuz contra la pared y dejó que la pólvora se desparamara inútil sobre el suelo, una luz de satisfacción iluminó su rostro. En aquel gesto sencillo, más que en cualquier batalla, estaba escrita la verdadera victoria: la de renunciar a la violencia para abrazar la vida.

La historia del *Butanmapu* no era ya solo la de lanzas y arcabuces, de muertes y conquistas. Era, sobre todo, la historia del hombre enfrentado a su destino, de mujeres que transformaron la sangre en ternura, de corazones que aprendieron a vencer no destruyendo, sino amando. Cada lágrima, cada herida, cada beso robado bajo el follaje, se convertía en metáfora del viaje que cada ser humano debe emprender: el de conquistar, no tierras, sino su propio espíritu.

Y así, mientras el sol caía sobre el océano, el *Butanmapu* dejaba de ser únicamente un campo de batalla. Se volvía espejo de la lucha eterna que arde en cada hombre y en cada mujer, esa guerra silenciosa contra el miedo y la desesperanza, cuyo triunfo final no se mide en victorias

militares, sino en la capacidad de hallar paz en el propio corazón.

EPILOGO

Durante años, el coronel Francisco del Campo había tejido con sangre y paciencia un puente precario entre dos mundos irreconciliables. Con mano firme y palabra honrada logró ganarse, al menos por instantes, la amistad de los mapuches; y en recompensa por sus servicios recibió cédulas y mercedes que parecían eternizar su nombre en la memoria oficial de la conquista. Fue él quien abrió la senda entre Penco y Cañete, la “Ruta del Conquistador”, arteria que, como un tajo sobre la espesura indómita, habría de convertirse en la puerta de entrada al *Butanmapu*. Sobre aquellas tierras que lindaban con Regumilla levantó sus casas, los albergues donde descansaban los soldados exhaustos, y que con el tiempo darían origen al nombre de una ciudad: Coronel.

Pero la gloria no basta para saciar a la vida. El destino lo arrojó una y otra vez al fragor de la frontera. Soldado durante más de cincuenta años, estuvo en Arauco, en la repoblación de Cañete, en Chiloé, en Castro como alcalde y contador real; fue regidor perpetuo de Santiago. Y aún al borde de la vejez, cuando los huesos crujían y el cabello se había vuelto ceniza, seguía obedeciendo el llamado de la guerra.

Así fue como, a fines del siglo XVI, Alonso de Rivera le encomendó reforzar Valdivia y Osorno, tierras heridas, condenadas al hambre y

al abandono. Del Campo, viendo la miseria de aquellas gentes en Valdivia y Osorno, no dudó: con apenas sesenta hombres emprendió la marcha hacia Chiloé para salvar lo que pudiera salvarse. Fue entonces cuando la traición lo aguardó en silencio.

Un mestizo ecuatoriano, Lorenzo Baquero, a quien el coronel había castigado por indisciplina, juró venganza y reunió setecientos guerreros aliados. Esperó la ocasión como un lobo paciente. Y una noche, en una bahía solitaria, cayó sobre el campamento.

El vigía fue engañado por una voz conocida: “¡Cállate y vivirás!” —le dijeron. Después vino el rugido de la emboscada. El coronel, de sesenta y siete años, salió del toldo con la camisa entreabierta y una lanza en la mano. El resto de sus hombres buscaba piraguas para cruzar el canal al siguiente día. Quedó solo, frente a la marea de enemigos.

La primera embestida quebró su lanza, pero no su voluntad. Con la asta rota siguió golpeando, plantado como un roble bajo la tempestad. Cada golpe era un acto de desafío, cada aliento un grito de dignidad. En esa resistencia desesperada estaba toda su vida resumida: el soldado que nunca retrocedió, el hombre que se sabía mortal y, sin embargo, prefería morir de pie antes que vivir humillado.

Entonces Baquero se abrió paso. El mestizo traidor, con el odio acumulado en los ojos, lanzó su golpe mortal. La lanza atravesó el

pecho del coronel y le salió por la espalda. Francisco del Campo cayó de rodillas, no abatido, sino erguido aún en su grandeza, mirando al cielo como si desafiara a la propia eternidad.

Un soldado, Cristóbal Morales, al ver caer a su jefe, descargó un balazo contra Baquero. “¡Perro mestizo!”, gritó, y lo abatió sobre el cuerpo del coronel. Pero la justicia ya era inútil: nada podía devolver la vida a aquel viejo guerrero.

Los suyos, temiendo que los enemigos profanaran su cadáver y lo exhibieran como trofeo, decidieron ocultarlo en silencio. Ataron piedras a su cuello y hundieron su cuerpo en el río cercano. Allí quedó, en las aguas oscuras del sur, abrazado por la corriente, custodiado por la tierra que tanto defendió.

Pero su nombre no se hundió. Ni el agua, ni la traición, ni la noche pudieron apagar el fuego de su memoria. Francisco del Campo murió lejos de palacios y honores, sin cortejos ni clarines, pero murió como mueren los hombres que han nacido para resistir hasta el último respiro: solo, en la frontera indómita, bajo un cielo gris duro como hierro forjado en la tormenta, frente a un mundo frío, inclemente y que parecía derrumbarse.

Ese fue su fin. Ese fue su comienzo. Porque allí, en la soledad de un río del sur, no murió un hombre: nació una leyenda.

Los siglos pasaron como un río

implacable, arrastrando consigo generaciones de hombres y mujeres, borrando nombres, pero no borrando la sangre. Cada golpe de lanza, cada grito de guerra, cada lágrima caída sobre la tierra húmeda del *Butanmapu* fue tejido en la urdimbre de una memoria que ningún decreto ni conquista logró apagar.

En Marigueñu, en donde Lautaro doblegó a Francisco Villagra, el viento aún gime entre los montes, Allí, en esa cuesta donde el sol apenas toca el valle de Colcura, el suelo quedó teñido de rojo, y la montaña fue bautizada con un nombre de derrota y de advertencia: la “Cuesta de Villagra”. Allí cayó también Pedro Villagra, y allí el eco de los araucanos rugió como un trueno que aún parece latir bajo la tierra.

Pero el destino, cruel e infatigable, arrebató pronto a Lautaro. En Peteroa, traicionado y sorprendido, murió aquel joven que soñaba con incendiar Santiago y liberar a su pueblo para siempre. Su cuerpo, caído entre el polvo y el silencio, no fue la tumba de un hombre, sino el nacimiento de una leyenda. Francisco Villagra había vengado a su primo; Santiago respiraba. Pero el alma de Chile había perdido a su más grande rebelde.

Después vino Caupolicán. Galvarino, mutilado en Lagunillas, había mostrado al mundo que ni siquiera el acero podía arrancar la dignidad de un pueblo. Y Caupolicán, el toqui de mirada severa, cayó víctima de la traición, apresado y humillado, para morir empalado en la plaza de

Cañete. Su nombre, más fuerte que la muerte, cabalgó a través de los siglos, invencible como el eco de un trueno en la eternidad. Cada árbol del *Butanmapu* lo recuerda aún, cada río lo murmura en sus aguas.

Y así siguió el tiempo: siglos de guerra, de treguas frágiles, de rebeliones y silencios. Hasta que, exhaustos, los españoles volvieron sus ojos a otras batallas, y más tarde los criollos comenzaron la lucha por su independencia. El pueblo mapuche, desangrado y disperso, osciló entre sumarse a nuevas causas o replegarse en su soledad. Pero la llama nunca se extinguió del todo.

El siglo XIX trajo nuevas tormentas: primero la Independencia, luego la Guerra del Pacífico. Y mientras en el norte hombres mestizos —hijos de esas mujeres curtidas en la pobreza y el sacrificio— subían cantando al Morro de Arica, en el sur aún latía la guerra sin nombre: la vieja herida del *Butanmapu*. Cornelio Saavedra y Gregorio Urrutia abrieron brechas en la espesura, levantaron fuertes, trazaron fronteras. Y el pueblo mapuche, acosado, volvió a alzarse en rebelión. Temuco, Lumaco, Cholchol: los fuertes cayeron y fueron reconstruidos, como si la tierra misma se negara a aceptar la derrota.

Hasta que, a fines de 1882, machete en mano, los chilenos abrieron paso hasta el lago Villarrica. Trescientos cincuenta años de resistencia habían llegado a su ocaso. El *Butanmapu*, indómito y majestuoso, quedaba

incorporado al Estado de Chile.

Pero no, no fue el fin. Porque, aunque la tierra se poblara de caminos, de minas, de fábricas y de ciudades, el espíritu de los guerreros siguió vivo en los brazos de los mestizos, en la rudeza de los carboneros, en los marineros que se hundieron en Iquique cantando el himno patrio, en las manos encallecidas que arrancaban el carbón de Lota y Coronel como si aún lucharan contra el bosque y contra la noche.

Hoy, sobre esos mismos caminos donde retumbaba el galope de Lautaro, circulan automóviles veloces; donde resonaban el cultrún y la macana, se levantan casas, parques y escuelas. Y, sin embargo, al cerrar los ojos, aún puede verse al jinete desnudo de torso, con su capa roja flameando en el viento, desafiando al horizonte.

El río Biobío sigue corriendo, indiferente a las victorias y a las derrotas, eterno como el dolor y la memoria. Sus aguas, que antes reflejaron lanzas y armaduras, ahora guardan el murmullo de una historia que nadie debería olvidar. Porque si algún día se apagara ese recuerdo, si los hombres olvidaran la sangre que les dio origen, entonces moriría de verdad el *Butanmapu*.

Por eso, cuando el viajero se detiene en la ribera del río, cuando oye el crujido de los bosques o contempla los cañones oxidados en Lota, no está viendo ruinas: está mirando un espejo del alma de Chile. Allí descansan Lautaro,

Caupolicán, Galvarino, Del Campo, Villagra; vencedores y vencidos, verdugos y mártires. Todos duermen bajo el mismo cielo, cubiertos por copihues y helechos, bajo la sombra de los canelos.

Y entonces el lector, al cerrar este libro, no podrá sino sentir en lo más hondo un estremecimiento: que esas vidas, esas muertes, esas lágrimas no fueron en vano. Porque de esa lucha nació un pueblo; de esa sangre, una identidad. El *Butanmapu* no es solo un recuerdo: es un corazón que late todavía.

– FIN –

INDICE

PRESENTACIÓN	3
BIOGRAFÍA	6
PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	14
LA CHISPA EN EL VENDAVAL	17
FUEGOS EN LA FRONTERA	25
EL FUERTE SOBRE EL GOLFO	29
EL DORADO DEL SUR	34
EL CAUTIVO DE MILLARAY	39
LA CARGA DEL DESTINO	48
FURIA EN LA SANGRE	63
EL PRECIO DEL VALOR	76
EL CREPÚSCULO DE TUCAPEL	86
LA PIEDRA DEL AGUILA	89
EL TRUENO DE MARIGUEÑU	95
LA ULTIMA MURALLA	99
EL SITIO DEL FUERTE DE LOTA	120
EL SILENCIO DESPUÉS DEL TRUENO	138
EPILOGO	142